



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS
DEL EJÉRCITO

PÍNFANOS

BOLETÍN Nº 13 - 2016



*a los pinfanos
del Chami*

www.pinfanos.es

NOTA DE LA REDACCIÓN

En la página 7, bajo el título "¿Por qué el Chami?", se indica por error que el autor es Fernando Lazo Payo, cuando en realidad, exceptuado el último párrafo, la información ha sido tomada de la página <http://www.lacucarachachamiza.com> y enviada por Fernando a la Asociación.



**ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS
DEL EJÉRCITO**

www.pinfanos.es

Correo electrónico:
buzon@pinfanos.es

JUNTA DIRECTIVA:

*Presidente de Honor: José Antonio González
Carmona*

*Presidente: Lucas de Mingo Misena
Secretario: Santiago de Ossorno de la Puerta
Tesorero: Vicente Sanz Mejías
Vocal jurídico: José Antonio Salgado Gómez*

Vocales:

*Pedro Esteban Yécora
Mariano García Galván
Rosa María García Galván
María Dolores Izaga Fraga
María Carmen Jaime Santamaría
María Ángeles Márquez González
Lucas Remírez Eguía
Basilio Soler Martín*

© Imagen de portada: Zoyo

BOLETÍN PÍNfanOS

Nº 13 - 2016

SUMARIO

SALUDO DEL PRESIDENTE	2
PÍNfanOS	3
COLEGIO EL SALVADOR, EL CHAMI	5
PÍNfanOS EN EL RUGBY ESPAÑOL	5
¿POR QUÉ EL CHAMI?	7
RETAZOS	8
XIII DÍA DEL PÍNfanO	9
ECOS DE SOCIEDAD	10
CRÓNICAS	11
DÍA DEL PÍNfanO EN SEVILLA	11
PRÓXIMA ESTACIÓN: SEVILLA	13
EL PATACÓN	15
UNOS DELFINES	16
CONCURSO DE RELATOS	18
LOS SUEÑOS ROTOS	18
FÁTIMA	24
CONCURSO DE FOTOS	26
DESENFQUES DE PRIMAVERA	26
OCASO DEL SOL Y OCASO DE LAS PERSONAS	27
EL RINCÓN DEL PÍNfanO	28
CONCESIÓN PIN DE ORO	30
CONCESIÓN DE UN LOCAL A LA ASOCIACIÓN	31
SALA HISTÓRICA DEL PAHUET	33
145 ANIVERSARIO PAHUET	37
¡POR EL REY!	39
RINCÓN DE ZOYO	41
LIBROS EDITADOS	43
ESTADÍSTICAS BÁSICAS	46
PÍNfanOS EN EL RECUERDO	47
CORREO ELECTRÓNICO	48

SALUDO DEL PRESIDENTE

Queridos Pífanos, socios y amigos de la Asociación:

Como todos estos últimos años, acudo de nuevo a nuestra cita del Boletín.

Quería en primer lugar agradecer el interés mostrado tanto por los organizadores como por los asistentes, a todos los actos que a lo largo de este año ha ido desarrollando la Asociación y, especialmente, la asistencia a nuestro acto más importante, como fue el XIII Día del Pífano en Sevilla.

Para los que no pudieron asistir, he de decir que no bajó el nivel de organización con respecto a años anteriores y que gracias a los organizadores de la Junta Directiva y la inestimable ayuda local de Carmen Jaime Santamaría, el evento resultó un gran éxito.

No puedo dejar de recordar en estas páginas el gran logro de la Asociación en este año, como ha sido el conseguir por fin una sede social y un local donde poder tener nuestras pertenencias. Este logro ha sido posible gracias a la intervención del Teniente General Juan Enrique Aparicio Hernández-Lastras, al que desde aquí quiero agradecer todo el interés mostrado por nosotros.

El acto de la firma del contrato y la toma de posesión se llevó a cabo en el recinto de la Escuela Politécnica Superior del Ejército, en la calle Joaquín Costa nº 6 de Madrid, donde se nos ha cedido dicho local.

Así mismo fuimos invitados por el Patronato de Huérfanos al depósito-cesión por parte de nuestra Asociación, de los dos cuadros que poseemos: el 716 y el de la fachada de nuestro antiguo colegio de Santiago de Madrid, en la Sala Histórica abierta por el Patronato en nuestro antiguo colegio de la calle General Ricardos de Madrid. La sala impresiona por lo bien terminada que ha quedado y por el contenido en objetos y documentos que hacen recordar la historia de los Pífanos en los diferentes Colegios regidos por el PAHUET.

También quería decir que durante el mes de agosto celebramos el 99 aniversario de nuestro Decano Don Guillermo Ámez Cadavieco, lo celebramos con una comida en su honor y he de decir que sigue en plenitud de facultades físicas y mentales camino de los 100 que es lo que desea.

Termino recordando a todos los socios la necesidad de que os presentéis a los cargos vacantes de la Junta Directiva. Van pasando los años y necesitamos personas nuevas para continuar con este bonito proyecto adelante.



Os deseo como siempre que paséis unas felices Navidades con vuestras familias y que nos toque más que otros años la lotería. De la misma manera, mando un pequeño homenaje a todos esos compañeros que nos han ido abandonando a lo largo de este año y decir que siempre quedarán en nuestro recuerdo.

Os mando un fuerte abrazo y recordaros que no podéis faltar a nuestra próxima cita del XIV Día del Pífano en Cáceres, seguro que será un éxito y disfrutaremos de una preciosa ciudad y del reencuentro entre todos nosotros.

Hasta pronto con un fuerte abrazo.

Lucas de Mingo Misena
Presidente

PÍNFANOS

*Por Marina Bernal Guerrero
Periodista
(marinabernal4@gmail.com)*

La primera vez que escuché la palabra abrí los ojos y repetí:

¿PÍN-FA-NOS? ¿Qué es eso?

En mi familia existían 4. Dos hombres y dos mujeres. Así se llama a los Huérfanos del Ejército que estudiaron internos en colegios tutelados por el patronato de Huérfanos del Ejército.

Mi abuelo fue militar, murió joven y dejó viuda y siete hijos. Los tres mayores se quedaron en Sevilla ayudando a la economía familiar, los cuatro pequeños internaron en colegios en Madrid. Al desgarrar de perder a un padre se unía la separación de la familia para poder buscar un futuro... Estudios y una carrera en un país muy distinto al que hoy tenemos.

Mi abuela y aquellas madres fueron mujeres valientes al apostar por el futuro de sus hijos a costa de dejarlos de ver a veces durante dos o tres años... Aquellos niños hoy son hombres y mujeres que han buscado sus raíces. Tienen una Asociación y anualmente se encuentran en algún punto de España. Este año fue en Sevilla. Me invitaron a compartir con ellos el almuerzo de despedida. Escuché sus vivencias, saludé al decano, a punto de cumplir los 99, y sentí sus emociones.

Carmen Jaime Santamaría, Delegada en Andalucía, me hizo este regalo que fue un reencontro con mis raíces y con la figura de una mujer adelantada a su tiempo, mi abuela, Coral Casero Sánchez. La madre de los pínfanos que luchó por la educación de sus hijos y de sus hijas, en igualdad. La formación siempre abre todas las puertas y aquellas madres valientes supieron entenderlo.

Tras celebrar el almuerzo de despedida estas son las palabras con las que me dirigí a los asistentes a la reunión de Sevilla en el Hotel Alcora, fue un momento muy emotivo y nuevamente os doy las gracias por invitarme a compartirlo con vosotros.

Este año ha sido Sevilla, mi ciudad, y como sevillana doy la bienvenida a todos los pínfanos que han disfrutado de este encuentro anual en la ciudad de la luz y la tierra de poetas como Bécquer, los Machado o Cernuda. En Sevilla es muy fácil sentir y lo primero que siento al presentarme ante vosotros es agradecimiento por la deferencia de invitarme a compartir unos momentos tan especiales.

Gracias a Carmen Jaime, delegada en Andalucía, por invitarme a compartir, gracias al Presidente, al Secretario, al Coronel Luis Merino y un saludo a todos y en especial al decano, don Gui-



Marina Bernal

lermo Améz, que a sus 98 años me ha sorprendido por su ilusión y vitalidad, un ejemplo para todos. Os doy las gracias y al mismo tiempo os pido disculpas porque ante un auditorio como vosotros yo sólo debería escuchar. Es una osadía por mi parte dirigirme a un grupo de personas que tienen muchas más experiencias vitales, muchas más cosas que enseñar y muchas más cosas que contar que yo por vuestra edad y por vuestras vivencias.

Mi nombre es Marina Bernal y soy periodista, ejerzo mi profesión en un periódico digital, www.sevillapress.com, y hoy en esta sala se encuentran cuatro miembros de mi familia, cuatro

hermanos de mi padre que son «Pínfanos», Leopoldo, Yolanda, Víctor y Crisanta Bernal Casero. Ya no tengo padres, pero ellos representan para mí la figura de los míos. Mi abuela, Coral Casero Sánchez, se quedó viuda joven y con siete hijos. Los tres mayores, entre ellos mi padre, Alberto, se quedaron junto a ella en Sevilla para ayudar en la economía familiar, y los cuatro pequeños fueron internados en colegios.

La ausencia del padre ha marcado la vida de todos vosotros pero hoy quiero hablar de «presencias» y no de «ausencias», porque cuando la vida te quita por un lado luego te compensa por otro. Tras

el dolor viene la compensación y a pesar de crecer sin padres habéis tenido la suerte de contar con madres excepcionales. Mujeres valientes y adelantadas. Mi recuerdo hoy y mi reconocimiento va para ellas porque cuando se ama de verdad, cuando se quiere sin egoísmos, sólo se desea lo mejor para la persona que quieres, incluso cuando eso suponga separarte de ella y dejar de disfrutarla en el día a día. Eso es lo que hicieron aquellas madres. Un ejercicio de generosidad ilimitada, buscando el mejor futuro para sus hijos y entendiendo que lo mejor sólo podía ir de la mano del estudio y de la formación. En esos momentos sólo se podía acceder



Mª Carmen Jaime presentando a Marina Bernal

a ella a través de los colegios internos para los Huérfanos del Ejército.

No quiero provocar lágrimas en ese recuerdo, sólo deseo recordar desde la admiración y destacar la fortaleza que tuvieron aquellas madres para separarse de sus hijos. En mi caso particular puedo decir además que jamás escuché una queja de boca de mi abuela, ni vi en sus ojos una lágrima. Afrontó la vida que le tocó siempre con una sonrisa y con un sentido del humor que fue el mejor escudo protector. Ese humor es denominador común en la mayoría de los pínfanos. La ironía y la broma como antídoto a la desgracia, algo que mis tíos y mi padre han practicado a lo largo de su vida.

Me gustaría reseñar también la extremada sensibilidad de todos aquellos niños, que hoy sois hombres y mujeres, que se han quedado con lo mejor de los tiempos difíciles. Habéis desarrollado un instinto especial de protección a los débiles,

a los hermanos pequeños entonces y a los hijos después. Habéis sido capaces de convertir en amor mucho dolor y derrocharlo con vuestros hijos y nietos.

Gracias a todos por recordar vuestras raíces, que también son las mías, y gracias sobre todo por dar una lección de dignidad y superación de obstáculos en la carrera de la vida. Valores que mi padre intentó transmitirme y que mis tíos han trasmitido a mis primos hermanos.

Lo más bonito ha sido descubrir que aquellas familias no se mermaron, aquellas familias se ampliaron con lazos de amistades eternas, como le ha ocurrido a mi tía Yolanda con su amiga Fancho o a mi tía Crisanta con su amiga Julia. Todas ellas se han reencontrado de nuevo en Sevilla.

Sevilla ha sido este año testigo y el año que viene lo será Cáceres, espero que sigáis disfrutando con esa maravillosa ilusión que hoy derrocha el decano, don Guillermo Ámez, de muchos encuentros.

COLEGIO EL SALVADOR, EL CHAMI



Equipo Juvenil del Chami

¡Ultra Chorchi, reina Chorchi, Moctezuma, buen camino, ra, ra, ra,
hurra, hurra, hurra, el Salva, el Salva y nadie más!

PÍNFANOS EN EL RUGBY ESPAÑOL

Por Francisco Arenal Cano

Antes de entrar en el tema de la «influencia» de los Pínfanos en el rugby español, quisiera dar una pequeña aclaración a los que se pregunten: ¿El rugby?, ¿qué es eso?

El rugby (diferente en muchos aspectos al rugby americano) es un deporte que se juega entre dos equipos (el número de jugadores es variable), y cuyo fin es llevar y posar el balón ovalado detrás de la línea de fondo del terreno contrario.

Solamente se puede ¡detener! al portador del balón, y este solo puede pasar el balón a sus compañeros ¡hacia atrás!, en caso contrario es penalizado con una «melé»; hay una excepción a esta regla, se puede enviar el balón hacia adelante solamente con los pies, pero si uno de sus compañeros se encuentra



Francisco Arenal Cano

delante del pateador e interviene en el juego, es penalizado con un «golpe de castigo».

El Colegio El Salvador (Valladolid), tenía un contrato de acogida de huérfanos con el Patronato de Huérfanos del Ejército, por lo que estábamos muchos Pífanos internos en dicho colegio. El rugby en España no era conocido, solamente se jugaba por equipos universitarios, y de ahí la importancia de la llegada al colegio El Salvador en 1960 de un sacerdote francés, el Padre BERNÉS, como capellán y profesor de francés.



El Padre Bernés con el primer equipo

El rugby en Francia era y es muy conocido, estadios llenos para presenciar partidos de liga, por eso el padre Bernés propuso a Jaime Enciso, profesor de Deportes y Atletismo en El Salvador, «Jaime cómprame un balón de rugby y te aseguro que la armamos», vaya que si la armaron!

«El Padre», como le llamábamos, llegó de Francia con el deporte del oval arraigado en sus venas, y fue él quien introdujo el rugby educativo en El Salvador, para propagarse después por los distintos colegios de la ciudad.

Para defenderse frente a la acusación de algunos de que el rugby «es un deporte de brutos», el argumento que le parecía mejor para la defensa del rugby era «es tan noble este deporte, que al rugby de los niños le llamamos EDUCATIVO... ¡por algo será!». Nos decía, en el fútbol utilizáis los pies, en baloncesto y balonmano las manos: ¡el rugby exalta las manos y los pies!



Nos inculcó los valores de un jugador de rugby, «un juego de villanos, jugado por caballeros», respeto por los compañeros, los contrarios, el árbitro, los entrenadores y nuestros símbolos:

—Humildad para aprender y mejorar, para ser disciplinado y esforzarnos cada día un poco más para sobreponernos a la adversidad.

—Solidaridad y lealtad con nuestros compañeros y rivales, dentro y fuera del campo.

—Compromiso con el club y además, Sacrificio.

Es educativo enseñar a los chicos a no correr como locos, a pasarse la pelota, ver el lado abierto, a fintar, a jugar con inteligencia, con valentía, combatividad, espíritu de equipo, con lealtad. ¡Sí, el rugby es Educativo!

El padre Bernés, en 1961, se encontró en El Salvador con un número bastante importante de Pífanos que aceptaron pronto y con mucha ilusión la propuesta de practicar este deporte con un balón oval, a pesar de que nosotros no sabíamos lo que era el rugby. El primer equipo estaba formado en su totalidad por Pífanos, siendo dicho equipo la semilla de donde salimos los educadores (entrenadores) de las siguientes categorías.



Concentración vallisoletana

El colegio contaba con argumentos para favorecer el rugby. Al ser un internado y teniendo un elemento «provocador» en la aulas, como fue el Padre Bernés, los niños comulgábamos, día sí día también, con la filosofía del rugby. La fórmula resultó explosiva y lo que en principio eran raíces, se fueron consolidando en los siguientes años.

Así surgió la cantera. Una cantera cada vez más numerosa, y los resultados no tardaron en llegar. En la temporada 1961-1962, empezaron a dar sus frutos las semillas, proclamándose El Salvador campeón de Valladolid en categoría infantil. A partir del 1 de mayo se celebró el Campeonato Nacional Infantil en Zaragoza, quedando subcampeón El Salvador.

En la temporada 1962-1963, el «Chami» contaba con tres equipos en «primera categoría» (A-B-C). En segunda categoría con dos (A-B), y en

tercera categoría con otros dos (A-B), lo que da idea del número de licencias, de niños (80) jugando al rugby, en la segunda temporada.

Ese año El Salvador se proclamó Campeón de España en las tres categorías. En esta misma temporada, el «Chami», de chamizo, participó en Clermont-Ferrand (Francia) en la Challenge Internacional Michelin, competición de rugby en las tres categorías, entre las Escuelas de Rugby de los diferentes clubs de Francia (40 clubes), terminando 1º en la categoría de benjamines y 3º en los infantiles. A esta Challenge fuimos tres temporadas seguidas, consiguiendo buenos resultados.



Algunos rugbiers: Beltrán, Zarzuela, Santana, Mariano, Hugué, etc. ()*

No sigo con las cronologías de las siguientes temporadas, ya que casi son todas parecidas unas a las otras en lo deportivo. Las temporadas han seguido para El Salvador y seguirán, así como las victorias también.

Pero, por lo que a mí me concierne, dejé El Salvador en 1971 para ingresar en el colegio donde el padre Bernés era director a su regreso a Francia,

como profesor de Educación Física y Deportes. Seguí entrenando, mejor dicho «educando» al rugby. También trabajé, como Consejero Principal de Educación, en dos colegios del sur de Francia, hasta el 2011.

Aquí reflejo algunas reflexiones de mis compañeros, cincuenta años después:

—La práctica del rugby me enseñó también el sentido del compañerismo, de la amistad, y que lo importante no es jugar para uno mismo sino para el equipo. Y el cariño está intacto, son parte de mi familia, parte de mí, son como el acero, fuertes y flexibles, y todo en gran parte debido al rugby.

—El rugby, fundamentalmente, tuvo mucho que ver en nuestra convivencia y en nuestra educación. A muchos, nos unió más y nos enseñó a ser «equipo».

—Aprendo que la reciedumbre (fortaleza o vigor) no está reñida con la nobleza, que el esfuerzo, la tenacidad y el espíritu de superación te llevan a conseguir metas, no solo en el ámbito deportivo, sino también en la vida.

El Salvador cerró sus puertas en 2003 como colegio, pero siguió su actividad como club de la División de Honor de la liga española, consiguiendo casi todos los años títulos en las diferentes categorías.

Precisamente este año ha ganado el Campeonato Nacional y la Copa del Rey, partido jugado en el nuevo estadio Zorrilla (lleno) de Valladolid y ante el rey Felipe VI.

El colegio actualmente está cerrado, pero el club El Salvador, cuyo origen viene de esas semillas (Pínfanos) que crecieron y se multiplicaron, sigue conservando los valores del rugby en España.

¿POR QUÉ EL CHAMI?

Por Fernando Lazo Payo

Hay varias interpretaciones que paso a enumerar por orden de importancia, peso y credibilidad:

1. Descrito en uno de los párrafos de la Historia del Colegio está su asentamiento en la Plaza de San Pablo, donde estaban las viejas caballerizas de Felipe II o CHAMIZOS.

2. Los internos decían que aquello era como un CHAMIZO, por falta de infraestructuras e instalaciones.

3. La entrada lateral del Colegio, la cual daba directamente al patio a través de un túnel, era un portalón de chapa y atravesarlo era como entrar en un CHAMIZO.

4. Atravesar el portalón referido anteriormente era como entrar en unas caballerizas (está

claro que esta versión es un híbrido de la 1 y la 3).

La más fiable, por historia y tradición, es la primera. Las otras tres interpretaciones (y una más que no escribo porque no tiene sentido lo de que allá hubiera una especie de basurero/erial, lo cual es posible pero no tiene relación alguna con la palabra CHAMIZO) es real que existen pero su nacimiento fue posterior a la primera.

La lentitud en la construcción del nuevo colegio, obligó durante mucho tiempo a coexistir con parte del antiguo, concretamente esa entrada lateral y portalón referidos con las estancias situadas sobre él. Al mencionar esa zona, siempre se decía «chamizo».

RETAZOS

Por Lauro Lazo Payo

Me encontré con el cura Bernés cerca de Fuente Dorada. Le acompañé porque tuvo a bien utilizar mi cabeza como unidad de medida para comprar unas cintas que sirvieran de protección a las orejas, en las entradas a las melés, para los que íbamos a jugar la Challenge Michelin.



Tomamos la calle Vicente Moliner en dirección a la catedral herreriana y entramos en una mercería con vieja fachada de madera situada en el lado izquierdo de la vía. El abate se quedó quieto con su mirada aguileña oteando los cajones, cuyo frontal se utilizaba como muestrario de botones, sin contestar, desentendido de lo cercano, a la pregunta «¿Qué desea usted?» de la amable dependienta. Transcurridos unos instantes y después de no localizar visualmente lo que quería, saludó con un «buenas tardes».

La señora que nos atendió no pudo evitar la sorpresa de encontrarse a un sacerdote como cliente en una tienda donde habitualmente las compradoras siempre eran mujeres, más aún con boina y acento extranjero y sobre todo cuando le solicitó una diadema.

Trajo sobre el anticuado mostrador de madera unas cuantas diademas forradas con chillonas y vistosas flores margaritas de colores.

El clérigo las rechazó con un gesto maleducado que solo justificábamos los que conocíamos su comportamiento intempestivo. Intermediario entre la confundida vendedora y lo que deseábamos, comenté a la señora que lo que buscábamos era una cinta elástica para ceñir la cabeza, de las que utilizaban las chicas para recoger el pelo o las señoras para protegerlo en el momento del baño.

Volvió con una colección de llamativas cintas con toda la gama de colores femeninos: fucsia, azul turquesa, amarillo, cereza... El páter preguntó «¿No tiene ninguna de color negro?». Tratando de atenderle lo mejor posible, la mujer le contestó con la única pregunta que no debía hacerle «¿Para quién es?»

El eclesiástico le dijo «Para este muchacho y para otros como él». Giré mi cabeza para esconder la sonrisa de mi cara con que evitar la explosión



El Padre Bernés (*)

de una gran carcajada interior que la situación provocaba. Cuando volví la mirada vi la cara de la mujer con una expresión cercana a los dibujos de Ibáñez en sus viñetas de cómic: ojos cruzados con una mirada en Estambul y la otra en Michigan, postura de boxeador noqueado y titubeante borracho, boca con la lengua torcida hacia un lado, pollitos con desplumadas alas volando sobre la cabeza en órbitas elípticas... muy sorprendida.

Leía en su pensamiento la retahíla dirigida contra nosotros: locos, lunáticos, sonados, desequilibrados, majaretas, grillados, lelos, pirados...

Cerramos la puerta y, sin ver nada, pude leer en sus labios: ¿A dónde van estos chalados? ¡¡¡Poniendo cintitas a unos chicos!!!

No recuerdo que Josiño Cabezas, Orrego o yo utilizásemos las cintas blancas, que esa tarde compramos, en nuestras andanzas por Clermont-Ferrand en mayo de 1964.

Damos las gracias a Francisco Arenal Cano por su colaboración y fotos, a Jesús Rodríguez Crespo por facilitarnos acceso a los Retazos (hemos seleccionado el 23) y a las fotografías que ilustran esta colaboración de la página Pínfanos del Chami en Facebook. También a Lauro Lazo Payo por autorizar su publicación y a su hermano Fernando por la explicación sobre el Chami. Las marcadas con () han sido capturadas del vídeo Historia Salvador Cetransa Rugby (colgado en youtube)*

XIII DÍA DEL PÍNFANO

6 al 8 de mayo de 2016



Ilustración: Fernando Lazo Payo (Zoyo)



Foto de Serafín García

ECOS DE SOCIEDAD

Texto y foto: Secretario

Durante el fin de semana del 6 al 8 de mayo ha tenido lugar en Sevilla la tradicional celebración anual de la Asociación de Huérfanos del Ejército, compuesta por antiguos alumnos y familiares de los hoy desaparecidos colegios para huérfanos de militares tutelados por el Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, institución que desde el 1 de octubre de 1871 viene prestando a sus huérfanos una atención y protección oficial, colectiva y amparada por las leyes.

En aquellos colegios, viejos caserones y antiguos palacios repartidos por la geografía española, donde pasaron en régimen de internado sus años de infancia y juventud, debieron afrontar los huérfanos la repentina y dura separación familiar tras el fallecimiento de sus padres; tras sus muros recibieron una completa y esmerada educación —no exenta de cierta disciplina militar, como se puede imaginar— que de otra forma hubieran tenido difícil recibir, mezcla de situaciones que permitió moldear el carácter abierto, noble, socarrón y luchador tan característico de los pínfanos de todos los tiempos.

Un ejemplo de fortaleza y ánimo a destacar es el de su decano, don Guillermo Ámez Cadavieco, quien habiendo cumplido recientemente 99 años sin haber perdido un ápice de su ánimo, aunque sintiendo el paso del tiempo en su huesos, no está dispuesto a perderse el próximo Día del Pínfano, año en el que alcanzará su edad soñada, cien redondos años, que desde luego no celebrará en soledad porque allí estaremos sus compañeros para celebrarlo juntos.

El conocido como Día del Pínfano, del que este año se ha celebrado la XIII edición desde la fundación a nivel nacional de la Asociación en julio de 2003, se ha desarrollado nuevamente con éxito —a pesar del mal tiempo reinante— de acuerdo con el espíritu alegre y festivo que impera en este tipo de encuentros y que ni siquiera la pertinaz lluvia de primavera ha sido capaz de impedir, haciendo bueno el dicho de que en Sevilla la lluvia es una maravilla.

Compañeros de los últimos 60 o 70 años vuelven a reunirse cada año en alguna ciudad elegida previamente por votación de sus socios, proceden-



tes de todos los rincones, para recordar en torno a una mesa con algo de nostalgia y mucha alegría los tiempos pasados y rendir un sentido homenaje en recuerdo de los pínfanos fallecidos.

Pínfano es el apelativo cariñoso con el que se les conoce desde siempre en el ambiente militar y ellos siguen luciéendolo con orgullo como si fuera el título máspreciado.

La Misa en homenaje a los padres y pínfanos fallecidos se celebró en la preciosa parroquia dedicada a la Virgen de Loreto en la Base Aérea de Tablada, a su terminación y ante su bonita fachada

se situaron para inmortalizar la reunión con una foto coral de recuerdo.

El resto de celebraciones, como no podía ser de otra manera, incluye compartir mesa y mantel en cenas y comidas, la necesaria y obligada asamblea anual y también un poco de turismo, para conocer de primera mano los innumerables atractivos que la ciudad de Sevilla ofrece a sus visitantes, cuyo recuerdo se llevarán los pínfanos a sus lugares de procedencia con la ilusión de seguir acudiendo a nuevos Días del Pínfano.

CRÓNICAS

DÍA DEL PÍNFANO EN SEVILLA

Por Lucas Remírez

Me piden que haga una reseña de lo vivido en Sevilla durante este XIII Día del Pínfano y trataré de atender la petición.

Sevilla es una ciudad fantástica, que no conocía, de la que me he quedado prendado y espero poder volver en plan particular a recorrérmela despacio durante unos días.

Ahí, en Sevilla, es donde se celebraba este año el Día del Pínfano.

Para los aragoneses, los catalanes, los madrileños y algunos más el medio de locomoción ideal para llegar a ella es el formidable AVE. Cuatro horas escasas y ya habíamos llegado desde Zaragoza. En el trayecto era normal encontrarte, cuando ibas a la cafetería, con compañeros pínfanos con los que iniciabas el precaliente de darle a la sin hueso con vistas a futuras charlas, de esas interminables, en las que te reconviertes en un jovencito/a enfundado/a en un uniforme de colegial y en las que revives viejos tiempos buenos y malos con la alegría de que te acuerdas de casi todo aunque a veces te vienen lagunas que otros se encargan de aclarar.

Cuando llegas a la estación de Santa Justa, te es familiar pues ya la has visto en la tele, bien en alguna serie de moda o en espacios del corazón cuando los fotógrafos y periodistas asaltan a algún famoso según sube por la escalera mecánica.

En el viaje, en taxi al hotel vas recorriendo avenidas y calles con nombres que te son familiares de haberlos oído muchas veces. Sevilla, la ciudad de Bartolomé de las Casas, de Gustavo Adolfo Bécquer, de Antonio y Manuel Machado, de Manuel Aleixandre, de Luis Daoiz, de Joaquín Turina, la Niña de los Peines, de Antonio, de Manolo Caracol, de Sánchez Megía, de Juan Belmonte y tantos otros personajes ilustres e importantes que le dieron nombre, te recibe con los brazos abiertos aunque con amenaza de lluvia.

Cuando llegas al hotel, magníficamente elegido por los organizadores, te das cuenta de que se trata de un sitio privilegiado. En las fotografías que colocarán los «reporteros gráficos» asistentes os daréis cuenta que se trata de un hotel espectacular.

Sin todavía haber subido a la habitación a dejar las maletas ya te asaltan amigos y amigas pínfanos que han llegado antes que tú y se funden en abrazos y besos que reflejan la alegría de volver a estar juntos.



Los actos oficiales comienzan con la recogida de credenciales previa al pase al salón donde se va a celebrar la cena de encuentro. El salón, espectacular. Consulta de la mesa asignada en el panel de la entrada y todos, posicionados para dar comienzo a los actos. Antes de empezar a cenar, el Presidente nos da la bienvenida y nos desea una feliz estancia. Después, la cena, las charlas interminables y la entrega de premios, tanto de relatos como de fotografía. A mí me gustó y creo que debo destacar el relato titulado: El silencio roto. Recomiendo su lectura en esta revista y/o en nuestra página web. También se otorgaron los pins de oro a miembros de la Asociación por su labor en pro de ella y se impusieron pins y entregaron los carnés a los nuevos socios.

Finalizada la cena, larga sobremesa en las butacas de la cafetería acompañadas de lingotazos de lo más diversos. El día siguiente llegaba y los cuerpos, un tanto castigados, del pinfanerío iban pidiendo a gritos el meterse en la cama y poco a poco fuimos desapareciendo buscando la piltra.

El día siguiente, sábado, amaneció nublado y el olor a café recién hecho nos recibía en el comedor donde se daba el desayuno buffet. La verdad es que no sé si el espíritu competitivo del pínfano

se despertó de su letargo de años, pero la verdad es que viendo los platos a rebosar que más de uno se llevaba para engullir como desayuno, no tenían nada que envidiar a los de los japoneses o chinos, no sé, de al lado nuestro, que desayunaban para no tener que comer el resto del día.

A las diez, salida para la visita turística programada en autobús. A falta de guías, en un autobús Carmen Jaime y en los otros dos, creo que los conductores, suplieron su falta de maravilla. Recorrimos parte de la ciudad viendo sus edificios emblemáticos y fuimos a dar al barrio de Santa Cruz. Allí nos dieron suelta durante dos horas para recorrerlo: Patio de los Naranjos, Catedral, la Giralda... y algún tasco que otro donde apretarse unos platitos de jamón y un pescaíto frito.

Regreso al hotel y comida. Una comida especial y abundante, modo bufé, donde había de todo a lo que hincarle el diente: desde patatas guisadas a huevos rellenos, pasando por carnes, pescado y unos excelentes postres de cuyas viandas dio buena cuenta el pinfanerío. En esto también los pínfanos mostraron su espíritu competitivo a la hora de llenar los platos.

La Asamblea ocupó parte de la tarde. Es la razón de ser de la celebración del Día del Pínfano. En ella se rindieron cuentas, se relevaron cargos y se atendieron ruegos y preguntas. Se dio conocimiento del nuevo domicilio social de la Asociación y se decidió por votación el lugar donde se celebrará el próximo Día del Pínfano, que resultó ser Cáceres.

Tarde libre y lluviosa, algunos, bastantes, nos fuimos a visitar el barrio de Triana y ya que estábamos allí nos quedamos a cenar. Encontrar un local en sábado que pueda acoger a 20 personas sin avisar para echarles de comer es un tanto complicado pero no imposible y lo acabamos consiguiendo. Tarde ya y lloviendo vuelta al hotel. Allí, otra vez, grupos de charla sentados delante de unas consumiciones. Los temas de las charlas, de lo más variopintos aunque la mayor parte fueron recuerdos de los años pasados en internados y todos nos hacíamos cincuenta años

más jóvenes aunque sólo fuera nuestro deseo y en nuestra memoria.

El domingo salió lluvioso y hubo que suspender la visita turística mañanera y yo me acordé de aquel dicho: La lluvia en Sevilla es una maravilla. También fue mala pata que la maravilla fuera a producirse durante esos días críticos para nosotros. Los autobuses nos llevaron a media mañana a la base de Tablada donde se celebró la misa por nuestros compañeros y compañeras fallecidos. La capilla estaba bajo la advocación de la Virgen de Loreto, patrona del Ejército del Aire. El canto «La muerte no es el final» fue el colofón al acto y el homenaje a los que nos dejaron para irse a un lugar mejor. A más de uno se le puso un nudo en la garganta al recordar a alguno de ellos

Fotos de recuerdo y regreso al hotel. La comida del adiós nos encogió un poco el ánimo pues era el último acto oficial y, una vez terminada, la pinfanada se desperdigaría y quién sabe si algunos volveríamos a vernos; por eso, el deseo de que se alargase y poder estar más tiempo junto al compañero o compañera que en algunos casos hacía muchos años que no nos veíamos. Especial atención merecía el decano que con sus 99 años lleva unos cuantos sin faltar.

Pero todo toca a su fin y al terminar de comer una periodista de Sevilla, nieta de militar, nos hizo un panegírico de su familia, descendiente de pínfanos, que nos removió los sentimientos y nos hizo sentirnos orgullosos de pertenecer a este mundo pinfanil. Después vinieron los chistes de todo tipo y como colofón los himnos: primero las chicas el de María Cristina, dirigidas por Rosa María y luego los chicos: «El Viejo trapillo» bajo la dirección de Suso Ansedes. La verdad es que tanto unas como otros afinamos bastante bien.

El himno de Infantería, cantado por todos, culminó el acto en el que previamente el Presidente había dado por cerrado el XIII Día del Pínfano y nos despidió y nos despedimos, hasta el año que viene en Cáceres.

PRÓXIMA ESTACIÓN: SEVILLA

Por Natividad Jaime Santamaría



Al oír esta frase, sabíamos que había terminado el viaje en el AVE que se había iniciado en Tarragona. Después de cinco horas, por fin estábamos en Sevilla.

Había pasado un año desde que en Santander salió elegida por amplia mayoría para acoger el día del Pínfano del 2016.

Todo el año transcurrió con la ilusión de que llegaran estas fechas de reencuentro. A mí me gusta tachar en el calendario los días que transcurren porque el encontrarme con las compañeras es una de las cosas que hoy en día me hace feliz.

Este año tenía doble motivo de alegría por celebrarse en la ciudad en la que reside mi hermana y que además, por ser Delegada de Andalucía, se había encargado en gran parte de la organización de los actos.

Llegué con varios días de anticipación y esperé con ilusión la llegada de todos los Pínfanos.

El jueves, nos acercamos al hotel (que es espectacular) para recibir a la avanzadilla que iba llegando y dar los primeros abrazos.

A la primera que vi fue a Loli, llegaba de Alemania con su Alf; nos dimos un abrazo interminable.

Después los gallegos y alguno más con los que nos trasladamos a un local en el que dimos buena cuenta de una magnífica selección de excelente pescaíto frito con su manzanilla y licores varios, no faltaron los estupendos postres y así fuimos preparando el encuentro oficial.

El viernes empezó a ponerse el tiempo malo pero no nos hizo perder la ilusión y a buena hora con nuestras mejores galas acudimos a la cena del encuentro, recogimos las credenciales y saludamos y abrazamos a todo Pínfano que se puso por delante. A algunas de mis compañeras no las había visto desde que salí de Aranjuez.

Pasamos al comedor y, antes de empezar, el Presidente nos dirigió unas palabras de bienvenida agradeciendo nuestra presencia y pasamos a degustar la estupenda y bien servida cena. Después siguió la velada que transcurrió con humor en la que predominaban las anécdotas pinfaniles.

Al final se hizo la entrega de premios a los que habían sido galardonados por sus relatos y fotos. Después se entregaron las insignias a los nuevos socios y la de oro a Antonio Povedano por su labor durante su vocalía como delegado de Andalucía.

El sábado volvió a amanecer nublado pero no impidió nuestra salida para hacer el recorrido por la capital. Por un mal entendido no llegaron las guías de los autobuses pero los conductores y mi hermana supieron suplir su ausencia y nos explicaron perfectamente todo lo importante del recorrido. Vimos una Sevilla espectacular que sorprendió a los que no la conocían y encantó a todo el mundo.

Creo que vimos lo de «Sevilla tiene un color especial». Después nos dieron «suelta» por el barrio de Santa Cruz y cada cual a su aire recorrió los rincones, tiendas y los bares de la zona. De vuelta al hotel, hicimos la foto de familia en la que faltaba gente..., a continuación comida de bufé, había de todo para todos los gustos y la parte de postres era toda una delicia.

Después nuevamente tertulia hasta la hora de la asamblea. En ella se cumplió el guión: lectura del acta anterior, propuestas, ruegos y preguntas y elección de la ciudad para la próxima reunión. Por mayoría salió Cáceres. Una buena noticia es que nos han concedido un local donde ubicar la sede de la asociación en Madrid sin gasto adicional. La tarde transcurrió prácticamente en el hotel porque

la lluvia impedía salir, aun así hubo valientes que se animaron a dar vueltas por la capital.

Y así llegamos al domingo. Llovía al despertarnos y siguió lloviendo con ganas durante toda la mañana. Se vio enseguida que la excursión programada no podía hacerse, iba a ser imposible. Para que nadie se quedara con las ganas, un autobús salió en dirección al parque de María Luisa y los otros dos fueron directamente a la base aérea de Tablada donde en su capilla iba a celebrarse la Misa. Seguía lloviendo a mares. Se celebró la Misa y mientras cantábamos «La muerte no es el final» los nietos de mi hermana ofrendaron unos ramos de flores a la Virgen y al Señor.

Todos nos emocionamos mucho al cantar pues quien más quien menos tiene a alguien a quien recordar. Al salir vimos con alegría que había un clarito, la lluvia nos daba una pequeña tregua y se decidió hacer nuevamente la foto de familia en la entrada. Luego durante un ratito todos hicimos pinitos como fotógrafos delante de los aviones allí expuestos hasta el momento de volver a los autobuses para retornar al hotel.

Una vez allí pasamos al comedor. Comimos muy bien. Tuvimos una invitada especial, Marina Bernal, periodista, nieta de militar y sobrina de pínfanos que se encontraban entre nosotros. Nos dedicó unas emotivas palabras recordando cosas que le habían contado.

Como no podía ser de otra manera llegó el momento de los Himnos. Primero el de María Cristina dirigiendo el coro de Pínfanos cantoras: Rosa M^a. A pesar de los años, sigue emocionándonos. Después los chicos dirigidos por Suso Ansedes entonaron su «Viejo Trapillo». Este año les salió mucho mejor que el anterior; he de decir que ellos tenían música y nosotras cantamos «a capella»... Ya puestos a cantar, todos entonamos el Himno de Infantería que salió muy bien.

Al final llegó el momento de que los más valientes hicieran gala de su ingenio contando chistes; lo pasamos genial, reímos con ganas y empezaron las despedidas. El encuentro anual había llegado a su fin y con pena empezaron los abrazos mezclados con alguna lagrimilla y los deseos de volver a encontrarnos el próximo año.

Con estas líneas he querido transmitir lo VÍVIDO en este reencuentro y mi deseo de que sirva de aliciente para que no decaiga el ánimo y volvamos a vernos en CÁCERES.

EL PATACÓN

Por Francisco Antonio Álvarez López



Retrato de por Zoyo

Desde que se instauró el encuentro anual del día del Pínfano, he intentado ir a todos y al que no he acudido, ha sido por caso de fuerza mayor.

Siempre es una gran satisfacción el reencuentro con antiguos compañeros y este año en Sevilla no podría ser de otra forma.

Cuando vi la lista de asistentes no pude reprimir una agradable sonrisa porque allí estaba su nombre.

Habíamos coincidido en Padrón, con apenas siete años y de esto ya pasaron algo más de cincuenta. Yo, en aquella época ni aún ahora, no era

de los potentados económicamente aunque en todos los demás sentidos no me quejo de la vida pues me considero un afortunado y en términos generales, feliz y contento.

Eran las fiestas del pueblo y sabedor de que yo no tenía ni un patacón —diez céntimos en gallego— para gastar, sin haberle pedido nada, me ofreció cinco pesetas sin ningún ánimo de lucro por su parte.

Nunca olvidé aquel gesto de generosidad y es por eso que al verle de nuevo en Sevilla después de tantos años lo primordial para mí, era darle un gran abrazo y devolverle aquella desinteresada donación.

El abrazo se lo pude dar, pero devolverle las cinco pesetas, un duro, tres céntimos de euro, a todo un Coronel, un compañero, un amigo, en definitiva a un PÍNFANO, era labor imposible.

Así que entre risas recordamos el pasado de penurias y alegrías compartidas y vivimos el presente, prometiéndonos el reencuentro en Cáceres del próximo día del Pínfano.



UNOS DELFINES

Por Juana Teresa Peñate Rueda



«...unos delfines, equivocando su camino, y a favor de la marea, se habían adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla. De toda la ciudad acudió mucha gente, atraída por el insólito espectáculo...»

A. Machado

No sé la razón, pero me vino a la mente esta cita cuando me disponía a redactar lo que supuso para mí el XIII Día del Pífanos en Sevilla y no he querido prescindir de ella.

De Gran Canaria a Sevilla pasando por Madrid...

Viernes, 6 de mayo. Madrugón. A las 06.15 hs. me recogía un taxi en Madrid donde había estado pasando unos días. Fría mañana, que se parecía más a una mañana de invierno que a una de primavera, propia de la época, y más en consonancia con mis sentimientos cargados de nerviosismo, de esperanza, deseos... Aeropuerto Adolfo Suárez, vuelo IB-3954, destino: Sevilla. Puntualmente aterrizaba a las 09.35. Traslado en «guagua» a Sevilla y también decidí coger el bus que el hotel ponía a nuestra disposición.

Según me iba acercando al lugar, mi pulso se aceleraba, era una nueva sensación después de unos años de ausencia. Un reencuentro nuevamente con «el ayer» y surgían preguntas en mi mente ¿será distinto? ¿será igual? ¿me sentiré extraña? ¿me decepcionaré? Mientras procuraba serenarme, llegó «la guagua»; también tenía el presentimiento que en ese momento me encontraría con pífanos añorados

y queridos. Así fue. Abrazo emotivo, rápido... ¡hasta luego! cruce de caminos: ellos a patear Sevilla, yo al hotel.

Allí, nuevos encuentros y emociones, fundirte en entrañables abrazos y alguna lagrimilla me brotó cuándo una y otra vez me decían ¡cuánto tiempo! Pero en el fondo de mi corazón sentía que no había pasado el tiempo, que allí estábamos para compartir, de nuevo, viejas historias, anécdotas, refrescando nuestros recuerdos; nuestro ayer y nuestro hoy y la alegría del reencuentro. Y volando se pasaron las horas, no me sentí extraña, las dudas desaparecieron y que se hacía realidad «como decíamos ayer» de Fray Luis de León.

Eché de menos a algunos que tampoco han vuelto y de los que no sabemos nada hace tiempo ¿se animarán a ir a Cáceres? Y recordé especialmente al caballero, Rafa Muiños, que partió de esta tierra para celebrar otro encuentro. Rafa siempre nos obsequiaba con su caja de bombones decía que él no era merecedor de nuestras atenciones.

Tampoco me pude olvidar de Mari Tere, de su amplia sonrisa, de su corazón bondadoso y su pícarra ironía, y de Pilar (Irón) con su halo de misterio que escudriñaba todo y a todos con su mirada y su sensibilidad ¡mi brindis para ellos!

Y, como decía la Santa Andariega, Teresa de Ávila, «todo se pasa», llegó la hora de partir, triste porque se terminó un feliz reencuentro y con la esperanza de encontrarnos de nuevo.

Cáceres a la vista, si Dios quiere, allí nos veremos.



XIII DÍA DEL PÍFANO

RELACIÓN DE PREMIADOS EN LOS CONCURSOS

CONCURSO DE RELATOS

1^{er} PREMIO AL RELATO TITULADO «LOS SUEÑOS ROTOS»

AUTORA: MARÍA BLANCA BLANQUER PRATS



2^o PREMIO AL RELATO TITULADO «FÁTIMA»

AUTOR: FRANCISCO ANTONIO ÁLVAREZ LÓPEZ

CONCURSO DE FOTOGRAFÍA

1^{er} PREMIO AL PROYECTO «DESENFUQUES DE PRIMAVERA»

AUTOR: JOSÉ LUIS MUÑOZ ARROYO



2^o PREMIO AL PROYECTO «OCASO DEL SOL Y OCASO DE LAS PERSONAS»

AUTORA: CARMEN HERRERO ÁLVAREZ

CONCURSO DE RELATOS

PRIMER PREMIO

«LOS SUEÑOS ROTOS»

Por María Blanca Blanquer Prats



En la ciudad antigua, en el barrio antiguo salpicado de edificios palaciegos, iglesias y conventos, con sus pequeñas tiendas y oficios que satisfacían todas las necesidades, varios colegios y solo dos escuelas, una para niños y otra para niñas, en que aprendían sus primeras y, quizá, últimas letras.

Las familias que allí habitábamos nos diferenciábamos por la altura de las viviendas: Áticos, que eran solo porches, y plantas bajas estaban destinadas a los porteros, artesanos, obreros. Despertaban con el sol y regresaban a última hora de la tarde con los pies cansados y la espalda inclinada bajo el peso de la fatiga. A partir del primer piso residían los señores del despertar tardío que guardaban su intimidad tras los cortinajes.

Los niños de las escuelas iban solos, con ropas que siempre parecían demasiado grandes o pequeñas para su edad y un babero de rayas ondeando en el antebrazo; los niños de colegios salíamos siempre acompañados, con relucientes uniformes. Estábamos educados en el santo temor de Dios, el miedo al demonio, la obediencia a nuestros padres y el respeto a los mayores y vecinos, lo que coartaba nuestras voces que no podían elevarse más allá de ciertos límites ni permitirnos ademanes considerados soeces o pronunciar palabras tenidas groseras.

Los niños de las escuelas no debían sentir tantos miedos ni respetos ni coacciones porque se reunían por las calles, vociferaban, e insultaban al jugador que no había conseguido colar la pelota de trapo en el imbornal que, previamente taponado con un viejo periódico, se usaba como portería.

Mis atalayas estaban en los balcones de casa agazapada detrás de las barandillas, oculta por las plantas; porque me fascinaba el desenfado de aquellos niños a los que no osaría aproximarme para que mi Ángel de la Guarda no presentara su dimisión irrevocable. Pero entre ellos hubo uno que se incorporó al álbum de los primeros recuerdos; era fuerte y delgado, el pelo rubio y áspero descendía sobre la frente hasta las cejas y entre sus facciones pequeñas destacaban unos ojos rectilíneos de pupilas tan grandes y tan intenso azul que parecía no tener córneas. Nos cruzábamos en algún punto del recorrido desde mi casa hasta el colegio y pasaba muy cerca de mí dejando atrás el olor de jabón que expelía su babero. También formaba parte de los juegos callejeros y capitaneaba a su tropa con diversos gestos sin que jamás alzara la voz y pudiera llegar a mis oídos.

Ingresé en el internado dejando atrás mi ciudad, mis balcones y mis niños para subir a un tren con lágrimas de despedida y soportar en el duro asiento el trayecto que, a la sazón, duraba casi un día. Caras nuevas, una forma diferente de disciplina, monjas maternas que intentaban hacernos un hogar imposible y solidaridad entre las alumnas que resultaba imprescindible cuando se formaba parte de la pandilla más revoltosa de las aulas: Las niñas visitaban la Capilla para orar y pedir gracias a la Virgen y, como suponíamos

que tanto ruego la abrumaba, decidimos que en los recreos haríamos nuestra visita para alegrar a la Santa Madre contándole un chiste. La preciosa imagen permaneció siempre impasible mientras nosotros sofocábamos las risas y, en una de esas, nos pilló la superiora que tras acusarnos de un montón de irreverencias nos impuso un severo castigo. Una vez nos colamos en las buhardillas para curiosarse en los baúles que guardaban las religiosas con el único fin de averiguar su nombre verdadero y alguien echó la llave por fuera; un par de horas más tarde dieron con nosotras y el alivio del encuentro no aminoró en absoluto la reprimenda y amenaza de expulsión que cayó sobre nuestras cabezas. Una tras otra, entramos en el ranking de los «trastos» del Colegio y cuando ya de ex alumnas nos volvimos a reunir con las religiosas y les contamos nuestras motivaciones hubo una reconciliación universal al abrigo del cariño que nos profesábamos todas.

Día tras día, año tras año, el alma conservaba las esencias de la sumisión y, a pesar de ello, a medida que nuestros cuerpos se desarrollaban y ensayábamos ocultas los efectos de un colorete sobre las mejillas, brotaban los primeros síntomas de independencia.

Durante las vacaciones vi muchas veces al niño de los ojos rectos y la primera vez que se cruzaron nuestras miradas descubrí en ellos el fulgor de dos centellas que me atravesaron; me ruboricé y sentí que el azote de un escalofrío me laceraba todo el cuerpo. Algo en él me asustaba y en cuanto atisbaba su figura me temblaban las piernas y procuraba desviarme del camino; sin embargo, los encuentros, en el reducido ámbito de nuestro barrio, eran inevitables y cada vez que nos veíamos se repetía en mí idéntico fenómeno. Uno y otro sólo éramos conscientes de que ambos existíamos, que formábamos parte de la comunidad de un barrio pacífico limitado en sus espacios e infinito en nuestros afanes.

Empecé la Universidad. Estaba un poco más lejos que mi primer colegio y volví a mi antiguo recorrido. La Facultad de Derecho nada tenía que ver con mis anteriores experiencias estudiantiles y gozaba distribuyendo mi tiempo para compatibilizar los estudios con los conciertos, el teatro, el orfeón, el deporte universitario, cine clubes, lectura y comentario de libros, para lo que necesitaba planificar hasta el último segundo de mis días. Pero no fueron estas las únicas inquietudes porque me había instalado en la década de las transformaciones y Beethoven, Bach, Mozart o Vivaldi iban apagando sus notas y dejaban para dejar paso a los ritmos del swing, los blues de Littel Walter, el vértigo de Elvis Presley, el inicio de los Beatles, Los Pantalones Azules, Los Milos, o las voces de cantantes surgidos de las propias aulas, como Vicente Castelló, Bruno Lomas y Raimon.

Los guateques dominicales dejaron de ser pacíficos y los bailes inspirados en nuestra nueva música tan poco acordes con los vestuarios tradicionales que Mari Quant se incorporó a nuestros armarios acortando poderosamente las faldas, nuestros héroes cinematográficos distaban de ser los buenos situando entre las preferencias a los rebeldes, con o sin causa. La adolescencia entre brumas, la discrepancia frente a los dogmas, resplandores del aura construidos con el fervor de una muralla que detuvo golondrinas del ayer para albergar a los jilgueros del mañana. El único consuelo para las familias era la abundancia de jóvenes inconformistas que a nadie odiaban pero se habían prendado en las utopías.

Volví a encontrarme con el niño de los ojos rectos convertido en un hombre joven. Al volver de mis clases estaba delante de su portal, la espalda contra el muro, las manos atrás y el rostro hermético, los ojos rectos que me esperaban, me seguían, y para atenuar su resplandor yo elegía la acera de enfrente estableciendo entre los dos el abismo de unos pocos metros. En una ocasión asomó por la ventana el rostro macilento de una mujer y le dijo «Rafa, la comida ya está...» Él no respondió, volví a perder la oportunidad de saber como era su voz pero había aprendido su nombre: Rafa. De nuevo al atardecer su presencia constante, en la calle paralela por la que acudía a mis citas y él departía con otros jóvenes que bajaban la voz cuando yo doblaba la esquina, le musitaban frases, sonreían y esbozaban algún movimiento de empuje a la estatua marmórea e infatigable.

Confieso que en alguna ocasión pensé en abordarle y preguntar el porqué de su mirada insistente; y también he de confesar que si no lo hice fue por el temor a su respuesta. ¿Qué me podía decir? ¿Que yo me interponía en su paisaje? ¿Que tenía todo el tiempo del mundo para contarme...? Quizá podía acercarme y decirle «Yo soy Cristina» como pago de la deuda contraída por conocer su nombre... Y seguía adelante, con el último reducto de mis miedos y algo en mi interior que se complacía. Hubo una ocasión cuando visitaba en compañía de un amigo la rotativa de su periódico y desde la plataforma le vi junto a una máquina enfundado en un mono azul de trabajo; hierático, como si toda la nave se hubiera convertido en un desierto cubierto por el cielo oscuro en que brillase su única estrella. ¿Quién es ese chico? Mi amigo me respondió que no tenía ni idea. Nos fuimos; sé que algo mío se quedaba allí y que me llevaba algo que no me pertenecía.

Terminé la carrera e inicié la de la propia vida como el árbol cuyas ramas desconocen como será el sabor de sus frutos, los sueños colapsados ahogándose en salitre de lagos encogidos y en la selva del mundo aparecí como gacela cercada,

escindida del calor de la manada que, por vez primera, me dejaba sola. Mis manos sudaron para flotar en un río que me llevase al futuro y brotaba de los manantiales de las dudas y el hastío.

El primer día que entré como pasante en un bufete de Abogados empezó mi pasantía transportando legajos y buscando los Aranzadi; pero como nadie me impidió leer los escritos y, ocasionalmente, acompañaba a mis maestros a los Juzgados, me atreví a opinar acerca de algunos temas al parecer con acierto bastante para que me encomendasen mi primer Recurso contra una multa de tráfico y mi primera Demanda en reclamación de cantidad en las que puse tanto empeño como si con ello fuera a distribuir las riquezas del mundo entre todos sus habitantes. Vinieron otros Recursos, otras Demandas y, poco a poco, otros casos más difíciles cuyo planteamiento no mereció reproche alguno de D. Manuel, el Abogado Jefe, y sorprendieron gratamente en el despacho que un par de años después me relevarían de la pasantía integrándome en el equipo jurídico.

Abría devota los oídos a las palabras de nuestros clientes, hice míos sus problemas y lloré y reí con ellos. La cartera era muy amplia, banqueros o desahuciados, asalariados y patronos. Conocía a tantas entidades y personas que me pregunté si alguna vez el trabajador en la rotativa de un diario no sería alguno de los que llamaban a la puerta solicitando nuestra ayuda.

Otros eran ya a los que llamaba amigos o compañeros, con los que compartía el trabajo, los viajes y las fiestas, y aparecieron los primeros amores eternos que fenecían prontamente hasta que, al fin, uno de ellos lo fue y ambos hicimos un proyecto de vida en común que consagró nuestro matrimonio.

Me alejé para siempre de mi barrio a otro más moderno en que eché de menos las pequeñas tiendas y la familiaridad de los vecinos porque los geométricos trazados y las amplias avenidas que surgen del proyecto de vida administrativo poco tienen que ver con la aglomeración de familias que se hermanaron para compartir el agua de un río o cobijarse a la sombra de una Iglesia. Mi familia lo haría un poco más tarde, y nunca volví a ver los ojos azules y rasgados ni el fulgor de sus centellas estremeció mis pensamientos.

Era absolutamente feliz con mi matrimonio; todo lo compartíamos, y cuando él regresaba del hospital adivinaba el desarrollo de su jornada por la expresión de su rostro y celebrábamos los éxitos o le acompañaba en silencio mientras el consultaba en sus libros de medicina acerca de algún difícil diagnóstico. Los viernes cenábamos con los amigos y el sábado buscábamos algún destino de soledad compartida, unas horas que eran solo nuestras, y yo me las arreglaba en el despacho para acompañarle a los Congresos Médicos que nos llevaron a distin-

tos lugares de la geografía. Cuando me propuso abrir su propia clínica habíamos alcanzado una de las metas que nos señalamos desde el principio y aunque disponíamos de menos tiempo libre los dos estábamos encantados.

Mi madre me ayudó mucho con los tres niños que ya teníamos a los cinco años de casados y aquella diminuta prole que nos hizo tan felices se encargó de complicar nuestras vidas que asumieron las suyas como prolongación de las nuestras.

La cuarta vez mi madre nos había dejado y tuve serias complicaciones durante el embarazo; la niña nació prematuramente con graves problemas y a pesar de tener un médico en casa pasamos un año largo entrando y saliendo de urgencias, confundidos los días y las noches ante la pálida fragilidad amenazada y una angustia perenne que se traducía en una oración continua. Dejé de trabajar porque el caso más importante que tenía que resolver era salvar la vida de mi hija.

A los veintidós meses le dieron el alta sin que ello obstase para someterla a una vigilancia permanente; la mínima alteración del color de sus mejillas me ponía en guardia y hasta que cumplió los seis años no la llevamos al colegio por miedo a los contagios de las enfermedades infantiles. La acompañaba, la esperaba a la salida, preguntaba a las profesoras sobre como había transcurrido la jornada y me esmeraba en mantener el horario de sus tratamientos y el régimen alimenticio a que estaba sometida.

Los niños iban creciendo; cada vez que apagábamos las velas de un cumpleaños se encendía en mi mente la chispa de un nuevo sistema para multiplicarme. Me sometí al imperio de una agenda que señalaba el destino de mis horas y se oxidaron los tiempos pasados sustituidos por otros que forjaban por igual el amor y el sentido del deber que se imponía a mis actos y mis pensamientos se tradujeron en renglones sobre los que escribir las horas sin permitirme un solo desvío. Días de obligación, noches de desvelos y sobre todo ello la dicha compartida de que mi familia crecía en el abrazo de las palabras extendiéndose en la llanura verde de las adolescencias y la primera juventud que señalaba el inicio de nuestro propio declive. Sanos, estudiosos y en algún caso brillantes, es lo cierto, pero tuvimos que adaptarnos a otras canciones, a la estética de los vaqueros rotos, a las uñas pintadas de colores impensables, a las salidas nocturnas, a la emancipación de las deliciosas vacaciones familiares y a las exigencias de una generación que consideraba como derecho propio lo que otros habían conseguido con su imponderable esfuerzo. Ya no solo escuchaban, sino que debatían y a partir de entonces nos resignamos a aceptar que en la continua guerra generacional ya estábamos al otro lado. Se adormeció mi imaginación hasta sumirse en un letargo y al descubrir

en la sien los primeros cabellos blancos comprendí que la nieve de los inviernos dormidos había congelado una parte de mí que, a fuer de lejana, quizá no había existido.

Todo lo soporté feliz mientras me alentaba el sentido de la familia pero empezó otra clase de sufrimientos: La sensación indemostrada de que algo no iba bien en mi matrimonio revelada por aquellas minucias que solo una mujer enamorada es capaz de comprender: Demasiadas guardias, excesivas reuniones, frecuentes ausencias y aquella forma de mirar cuando sus ojos se posaban sobre mi haciéndome sentir que no me veía.

A continuación fueron los niños convertidos en objetivo de sus reproches porque, según él, siempre habían estado demasiado consentidos y hacían lo que les venía en gana. Intentaba pacientemente hacerle comprender que a unos niños que sacaban tan buenas notas y eran tan cariñosos no podía reprenderles por las cosas propias de su edad entre las que no había ninguna que mereciese su condena; y entonces me decía que yo era la culpable porque era una sombra en el mundo que no se enteraba de nada.

Aquella frase me hizo meditar y tuve que darle la razón; habían pasado doce años desde que me había encerrado en casa y dedicado plenamente a aquellos hijos míos, que también eran suyos; como ya no aportaba mis propios ingresos solo tenía una asistenta dos veces a la semana; mi aspecto, siendo decoroso, en nada se parecía al de aquellos años en que rompía los moldes, mi cabello había olvidado lo que era una peluquería y los escasos momentos de descanso solo deseaba sentarme en una butaca con un libro entre las manos. Seguramente yo era responsable de que en el escaso tiempo que pasaba en casa no tuviéramos nada que decirnos y albergase una cólera apenas reprimida

Me llegó la oportunidad con motivo de una boda a la que asistiríamos los dos. Me sentí transformada y feliz, regada por la esperanza de que mi nuevo aspecto le afectase y cuando aparecí delante de él, temerosa y sonriente, me regaló una breve mirada añadiendo las palabras más hirientes que le había oído nunca: Si pensaba presentarme en la ceremonia con ese aspecto impropio de una cuarentona.

Fueron mis lágrimas más amargas; me miré en el espejo: El vestido era de un tono gris perla con suaves bordados, ceñido a la cintura y un pronunciado escote que pudo considerar excesivo pero, en ningún caso, excusaba su grosería. Era posible que le hubiera sorprendido; pensé que hacía demasiados años que había dejado de lado las modas y siempre buscaba ropa práctica y cómoda, casi nunca llevaba tacones y apenas me pintaba los labios. Esa tarde me empinaba sobre diez centímetros, había ido a la peluquería y me

habían maquillado de forma que pensé que habían sacado de mí todo el partido posible y quizá un poco más. A mis años... había sobrepasado los cuarenta pero...

Después, alguna conversación telefónica que se interrumpía, un perfume extraño en su ropa... y el miedo se personalizó en una silueta definida y un nombre concreto. Me aferré a la esperanza de un amor pasajero porque la madurez se retrasa en los hombres y él seguía teniendo la apostura que me enamoró. No me daría por enterada, evitaría a toda costa que mis hijos lo supieran y el tiempo arrastraría su aventura para que volviera a posarse en el nido de su hogar.

Solo la pequeña seguía con nosotros; los mayores habían terminado sus estudios y apenas consiguieron el primer trabajo reclamaron la independencia que para la nueva generación consistía en vivir con quien fuera, menos con los padres, aunque mi despensa, mi lavadora y las fiambreras con sus preferencias gastronómicas estaban a disposición de los ausentes que entraban y salían a su antojo y me demostraban que por muchas mujeres que hubiera en su vida yo era la única que siempre sería su madre.

Tuvo que ser la niña quien afrontara el problema que yo esquivaba; Su padre les había reunido a todos para darles a conocer una decisión que nos afectaría a todos y esperaba que ellos que eran jóvenes lo comprendieran.

— Son cosas que pasan, mamá... él no se atreve a decírtelo.

— ¿Decírmelo? ¿Que tiene que decirme?

— Papá quiere el divorcio... Espera que le ayudemos contigo, que estemos preparados porque en cualquier momento te lo va a plantear. Nosotros sabíamos que algo pasaba porque no se ha esforzado mucho en ocultarlo, los chicos le habían visto alguna vez y dice que es algo que viene de atrás, que hace muchos años que se enamoró de ella... Ninguno hemos reaccionado como él esperaba y me consta que se ha enfadado mucho pero tememos que sea algo irreversible. De verdad, mamá ¿No sospechabas nada?

Si, lo sabía; desde el primer momento, aunque me negase a creerlo, aunque fuera una verdad evidente que me negaba.

La temida conversación se produjo sentados los dos, frente a frente, conociendo de antemano cuales serían las palabras. Un par de horas durante las cuales evocó que las personas cambian y apeló al amor como ese sentimiento irracional que nos invade y esclaviza la voluntad porque él nunca quiso hacerme daño. No existe argumento alguno contra la irracionalidad alegada en su defensa; hay otros, si, otros que se refieren a las transformaciones humanas por motivos de responsabilidades que a ambos atañían y yo solo había asumido.

La mañana que ratificamos el divorcio se acercó sonriendo y atajé su gesto de besarme. No éramos ya un matrimonio. No éramos amigos. De la persona que me enamoré no quedaba nada aunque yo siguiera pensando que un día existió y la que estaba a mi lado era solo una fotocopia de su imagen. Soporté con desagrado la separación de bienes que se limitó al piso que pagamos entre los dos y en el que yo, bajo ningún concepto, quería seguir. Él se haría cargo hasta que se vendiera y me entregó la mitad de su valor en un talón demostrándome que tenía más dinero del que yo siempre había creído.

Compré un apartamento de dos dormitorios que vestí sobriamente y empecé el largo duelo por la pérdida del ser que más había querido y creía volver a ver en el rostro de mis hijos que no se apartaban de mi lado y a los que tuve que corregir algunas expresiones porque el divorcio solo me afectaba a mí y ellos siempre serían sus hijos. Rechacé algunas llamadas, acercamientos sin sentido de gente que otrora frecuentábamos y rehusé invitaciones porque todas respondían a una curiosidad morbosa que yo no satisfaría.

Los niños se iban acostumbrando a la nueva situación; aunque nunca me hablaban de él hubo frases demostrativas de que habían asumido nuestro estado, incluso con mejor o peor grado lo aceptaban y poco a poco recuperaron el ritmo habitual de sus visitas.

Susana también se fue; había conseguido trabajo en una librería y compartiría piso con unas amigas. Mi pequeña se había hecho mujer y destrozaba con las garras de sus propósitos el cordón umbilical que yo nunca rompí. Tenía que asumir que estaba sola, adentrada en la desconocida senda en que me había perdido y que el poco dinero que me quedaba se acabaría pronto y tenía que pensar en como sobrevivir sin molestar a nadie. Cuando no podía soportar los negros pensamientos me lanzaba a la calle sin un destino; erraba por las aceras, me detenía ante los escaparates, inaccesibles a mi nula economía, podía sorprenderme la noche en un lugar alejado al que nunca supe por qué llegué.

Sábado del mes de julio. Tras una noche de insomnio plagada de pesadillas escapé de la soledad de mi casa. Un sol abrasador plateaba el asfalto y los escasos viandantes, sin multitudes alrededor, podíamos diferenciarnos: Frente a una parada de autobús volví a encontrarle. Nos habíamos hecho mayores pero nada fundamental en él había cambiado: De repente se detuvo el tiempo y con él cesaron mis pasos hasta que quedamos frente a frente, sumergidos en la soledad de un mundo habitado por los dos, enredados por las miradas que se prendían de los ojos incapaces de ver los cuerpos para interpretar las almas y sentí

que un profundo suspiro se transformaba en una palabra.

— Rafa...

Prisioneros del inmovilismo en un molde arcilla, me embriagaba el aroma de su aliento con perfumes de madera y la zarpa del ayer rasgó sus labios que se entreabrieron para que una voz, tan fuerte y rumorosa que no pudo crear garganta humana y brotara del manantial en el que beben las mariposas me respondiera

— Cristina...

Nos lo contamos todo desde el fondo del silencio roto; cosas que nunca pensamos, cosas que nunca supimos, cosas que pudieron acaecer y no podían quedar en el olvido; derramamos lágrimas secas y reímos sin sonidos. Sus brazos desnudos tenían el color de mi playa y la cabeza se inclinaba sobre mí como el mástil abatido por la tempestad presto a recuperar la esbeltez que desafiaba el viento. Regresé a mí, a las pelotas de trapo, a las tertulias de los jóvenes en la plaza, inmensamente pequeña y delgada, el corazón prendido en la hoguera de su mirada y tanta debilidad que no podía apartarla de mis ojos.

Para que el tiempo recuperase su ritmo fue necesario que la sombra de una mano sobre su brazo nos despertara y contemplara el rostro de la mujer sembrado de una angustia infinita intentando desentrañar el misterio de mi nombre y los labios entreabiertos comprimiendo sus preguntas. El espacio que solo ocupamos solo los dos se llenó de edificios, de calles, de vehículos, de gente indiferente al prodigio de un encuentro; recobré la potestad de mandar sobre mis pasos y proseguir mi camino que en ese momento no me llevaba a ninguna parte. Detrás de mí, dos centellas azules se clavaban en mi espalda y me quitaban la fuerza. Al volver la esquina las piernas apenas me sostenían y hube de detenerme apoyándome en el quicio de un portal y pensé que éramos protagonistas de una obra sin argumento y habíamos abandonado el escenario sin saber el desenlace. En mis oídos y en mi mente el eco de una voz que me llamó como nunca me llamó nadie.

Me senté en un velador, bajo la sombrilla que me ofrecía la necesaria penumbra, encendí un cigarrillo y vi acercarse al camarero que tantas veces antes me había atendido.

— ¡Vaya día insoportable! ¿Que va a tomar la señora?

Con mano diestra arrancó el polvo del tablero y sonrió afable esperando mi confirmación.

— Un martini; blanco y dulce, por favor.

Pareció extrañado y se metió en el establecimiento.

Tuve la sensación de que la cafetería era mi lugar porque si la abandonaba rompería la columna de humo del cigarrillo sobre la que me

elevaba galopando en el fuego de la brisa que prolongaba nuestro encuentro... Recordé las batallas ganadas, las perdidas y la única a que jamás me enfrenté porque me lo impidieron sus ojos; acepté por igual las victorias y derrotas, pero no podría nunca perdonar lo que no me atreví a hacer nunca. Acaso toda mi vida, desde la última vez que le vi, estuvo encerrada en un paréntesis que se cerró cuando volví a verle.

Me olvidé de comer; frente al sillón en que me había desplomado había un retrato en que mi madre y yo sonreíamos frente a la cámara, precisamente cuando, a causa de mi ingreso en el internado, nos separaríamos por vez primera y ella quiso que ambas conservásemos ese recuerdo. En aquella ocasión mis ojos aún eran grandes y reidores y el rostro reflejaba un ardor que el tiempo había apagado. Porque yo había sido esa niña feliz que derrochaba cariño e irradiaba esperanzas, la que inventó el juego de policías y ladrones en que aquellos eran las monjas persiguiéndonos cuando escapábamos de las aulas para sentir el placer de oírlas correr detrás de nosotras. La de los chistes en la capilla, la buhardilla cerrada y tantas otras travesuras por las que se habían desbocado los potros de infancia hasta convertirme en un caballo alado capaz de ascender a la más alta de las montañas... Yo había tenido una vida, la vida que fue mía, quizá la que nadie pudo arrebatarme porque formaba parte de las raíces de mis recuerdos. El sol había girado en el horizonte y comenzó el dulce atardecer de las añoranzas.

La semana siguiente regresé a mi viejo barrio, a las estrechas calles cuyos edificios se mantenían por imperativo municipal aunque ya no existieran las mismas tiendas y fueran otras las plantas que asomaban a mis balcones. No encontré a ninguna portera sobre la silla de enea haciendo ganchillo porque los propietarios habían prescindido de este servicio y alquilado sus casas. Sobre las aceras polvorientas dejé las huellas de las pisadas que renovaba diariamente y levantaba la cabeza para contemplar el horizonte limitado por las aristas de las fachadas de las que colgaban algunas plantas silvestres capaces de producir flores aunque no tuvieran tierra... Mi viejo barrio guardaba el secreto de la paz y me acogía en su seno como otra madre que en anochecer me trans-

mitía el mensaje de un principio. Jamás volvería ese parte del pasado en el que fueron posibles tantas cosas...

El viejo maestro salió a mi encuentro y me tendió los brazos. Con mi marcha del bufete había perdido a la que pudo ser la mejor abogada del equipo y aunque se sentía cansado seguía al pie del cañón porque no encontraba el momento de retirarse. ¿Acaso yo...?

Pude contarles mi tragedia, que seguramente ya conocía, pero no lo hice. Pude explicarle que algo llamado mi futuro estaba en sus manos y me callé. Sí, efectivamente, me gustaría volver a trabajar si es que aún era posible y lejos de ponerme inconvenientes manifestó su alegría porque había vuelto al lugar del que no debí marcharme nunca.

Tuve que estudiar mucho, me atreví a consultar de nuevo, a pedir consejo, y aquellos compañeros, a los que tan poco ofrecía y tanto me dieron, me hicieron recordar que existía algo importante: El respeto.

Me costó menos de lo que esperaba habituarme a mi nuevo ritmo; comía con mis compañeros en una cafetería que estaba en la planta baja y, negándome a la integración en el club de viudas y divorciadas que parecían constituir mis antiguas amigas, solo de vez en cuando iba a un cine o un teatro y a través de la televisión me asomé a la sociedad de la que, voluntariamente, no formaba parte.

Solo algún atardecer, cuando alargaban los días y acortaban las noches; cuando la luna temprana se vestía de blancura entre las nubes del firmamento enrojecido y el viento traía aromas de azahar; recordaba al hombre que perdí en tan temprana edad que nunca pude llamar padre; a la madre que siguió siéndolo hasta que me la arrebató la muerte; a mi barrio, mi casa, mi colegio, la Facultad de Derecho, las actividades frenéticas a las que había dedicado y renuncié a convertirme, también yo, en la fotocopia amarillenta de la mujer que había sido.

Tenía a mis hijos, llegaban mis primeros nietos, mi nombre en una placa reluciente en la puerta del despacho y era consciente de que el destino que me reservaba la vida era como un juego en el que solo yo podía jugar las cartas.

Aún eran posibles tantas cosas...

SEGUNDO PREMIO

«FÁTIMA»

Por Francisco Antonio Álvarez López



Recibiendo el premio del presidente

Habiendo comenzado mis estudios y por consiguiente parte de mi educación en un internado de monjas, a la edad de cinco años, siempre había creído que para ir al cielo era imprescindible ser cristiano. Pero ahora, superados los sesenta he visto y comprobado fehacientemente que ese no era un requisito indispensable.

La historia se remonta un año y medio atrás, cuando conocí a un muchacho llamado Soufián. Era una tarde del mes de abril cuando los últimos rayos de sol se colaban furtivamente por las cristaleras de la oficina. Casi no percibí su entrada porque apenas se dejaba notar, pidiendo perdón por si molestaba. Me pareció un joven educado y respetuoso, cosa que más tarde pude constatar. Venía a pagar el seguro de su coche, un pequeño utilitario con muchos años encima y algo desvencijado. Una

vez que hubo salido, Pilar, la jefa, me puso un poco al tanto sobre el muchacho. Era un chico marroquí que rondaba la treintena y llevaba viviendo en el pueblo desde hacía unos diez años. Un joven, como dije, amable, de buenos modales y alegre, pero que últimamente se le veía triste porque su madre, llamada Fátima, no se encontraba bien de salud. Había dejado de trabajar para estar todo el día al cuidado de la misma. Al día siguiente tenía que llevarla a París, donde residía su hermana, para que le siguieran el tratamiento de un cáncer de pecho que previamente había comenzado en Marruecos.

Con ese coche que tiene, es una temeridad el viaje, me dijo Pilar. Deberíamos llevarlo a reparar al taller de nuestro amigo Curiel. Ahora mismo llamo y le acompaño. Que se lo revisen bien de dirección, ruedas y frenos. Ah, y llénale el depósito, que seguro que estará en la reserva. Así cumplimenté la orden de Pilar a regañadientes de Soufián, porque alegaba no tener dinero para la reparación.

No te preocupes por eso, en estos momentos. Lo importante es poder viajar con ciertas garantías. Si algún día puedes, me lo reembolsas le dijo Pilar. Pero de cualquier forma, no hace falta que me lo des a mí personalmente porque me sentiré pagada si le puedes devolver el favor a cualquier otro que lo necesite.

Los días en el pueblo se sucedían con la monotonía acostumbrada de un típico pueblo castellano, sin mayores sobresaltos. El agua del Carrión seguía su curso y lo mismo sucedía en el Canal de Castilla, los conejos corriendo por el campo junto a los topillos y la gente dedicada a sus quehaceres diarios.

Ángel, el cura párroco, había creado un grupo de voluntarios para ayudar a los múltiples necesitados del pueblo. Personas con problemas económicos y sociales, que siempre hay más de los deseados. Familias desestructuradas, individuos en paro, desahucios en ciernes, recibos de luz impagados, necesidad de alimentos, etc....

Pilar y yo nos unimos al grupo y cada quince días teníamos una reunión en el salón parroquial para comentar y tratar de solventar los casos pendientes y los nuevos que siempre se presentaban. El primer problema que llevamos a la junta fue la necesidad de una silla doble de paseo y una

cuna para los gemelos que iba a tener de forma inminente un matrimonio que vivía al lado de la oficina. Matilde, una voluntaria del grupo enseguida se ofreció dando una solución y consiguiendo lo solicitado. Gran mérito el de Matilde porque en esos momentos también se encontraba en paro. Pero con el ánimo que le caracterizaba y el espíritu emprendedor que tenía, muy pronto empezó a trabajar de nuevo. Indudablemente recibió una merecida recompensa por su predisposición a la ayuda desinteresada.

Hacía tiempo que no sabíamos de Fátima y Soufián, cuando de forma inesperada aparecen de nuevo con Rizlan, hija y hermana respectivamente. Otro problema se había presentado y naturalmente debíamos implicarnos, pues inevitablemente le habíamos cogido un cariño especial a esta familia. Karima, la hermana de Fátima les había dicho que debido a la ayuda social que estaba recibiendo, no podían seguir residiendo en su vivienda, por lo que era preciso que buscaran una casa de alquiler. Cosa, por otra parte harto difícil, pues su capacidad económica era sumamente escasa. Así pues, nuevamente conseguimos solventar su perentoria situación. Pilar los empadronaría en su casa y a Fátima se le hizo un contrato laboral como empleada de hogar, cumplimentando todos los requisitos administrativos. De esta forma, su situación a partir de este momento resultaría más estable y tranquila pues en caso de necesitar tratamiento médico en España, ese tema tan importante, lo tendría resuelto a partir de ahora.

Un año entero pasamos con relativa calma, pero cuando a Fátima le iba a cumplir su contrato laboral, la tuvieron que ingresar en el hospital y esta vez la cosa parecía seria. Sus padres, que residían en Francia, vinieron a su lado pues el diagnóstico era fatídico. Al poco tiempo la trasladaron a otro centro para ingresar en la planta de paliativos, lo cual significaba que el fatal desenlace era cuestión de días.

A Soufián le costaba admitir la dura realidad, pero había que asumirla. Nos pusimos en contacto con la asistente social para tratar de disponer el futuro traslado a Marruecos cuando sucediera el óbito. Contactamos con una funeraria y el presupuesto ascendía a seis mil euros, lo cual nos pareció mucho para nuestra precaria economía.

Empezamos a movilizar a todos los amigos incluido Ángel, el cura, lo cual nos supuso algo de apuro en principio pues se trataba de una mujer musulmana, pero una vez más pudimos comprobar su entereza moral, porque con una gran sonrisa nos dijo: Le llamamos de forma distinta, pero todos somos hijos del mismo Dios. Contad con mi aportación personal. Con pocos más pudimos contar, pero al final esa cuestión también se nos arregló, pues hablamos con el Cónsul de Marruecos en Bilbao,

el cual se hizo cargo por completo del traslado, que por cierto resultó ser la mitad de costoso en otra funeraria.

Era mediodía cuando recibí una llamada de Soufián diciendo que su madre quería verme. Me puse en camino y en pocos minutos estaba en la habitación, donde me llamó la atención un olor a rosas frescas que no vi por ningún lado. Pregunté por aquel olor y nadie me supo responder porque nadie había perfumado la sala aunque todos percibían y comentaban aquella repentina fragancia tan agradable.

Encontré a Fátima calmada pero sin fuerzas apenas para hablar. Cogí su mano derecha entre las mías. Me dijo que estaba viendo a sus familiares fallecidos a través de la ventana, como le sonreían y extendían los brazos para recibirla en una extensa pradera tapizada de verde, con árboles de todo tipo, flores multicolores y arroyos de aguas transparentes que producían deliciosos sonidos acompañando el dulce canto de los pájaros, como había leído en el Corán.

Vete tranquila con ellos y acuérdate de nosotros cuando estés en el paraíso, le dije. Entornó los ojos, dibujó en su rostro una plácida sonrisa y nos dejó embargados de una paz indescriptible.

A la mañana siguiente y a eso de las once y media, fui al bar Oscar a tomar mi preceptivo café y leer las noticias del día en el periódico que amablemente me tenía reservado siempre Aníbal, el dueño del local.

Me encontré con mi amigo Martín, hombre de carácter alegre, extrovertido y optimista, pero que esta vez me pareció ver en su semblante una ligera tristeza. No llego a Navidades, me dijo. Necesito urgentemente un trasplante y dudo que me lo hagan. Ten confianza, Martín. Conozco a una señora que está muy bien situada. Hoy mismo hablo con ella y seguro que te ayudará.

Los agnósticos dirán que fue pura casualidad, pero lo cierto es que aquella misma noche llamaron a Martín del hospital de Valdecilla. Tenían dos pulmones dispuestos para él. La operación fue un éxito rotundo y a los quince días estábamos de nuevo juntos tomando nuestro café. Me preguntó por la señora para agradecerle el favor pero me negué a contarle toda la historia, que por otra parte creo que nunca hubiera creído, así que solo se me ocurrió decirle: Levanta la vista al cielo, reza algo si es que sabes y repite conmigo: «GRACIAS FÁTIMA».

Nota del autor. Esta es la historia real de Fátima El Marrhadi. Una mujer nacida el uno de enero de mil novecientos cincuenta y siete en la ciudad Marroquí de Oujda y fallecida en la española de Palencia, el dieciocho de noviembre de dos mil quince. Sin lugar a dudas, una santa. D.E.P.

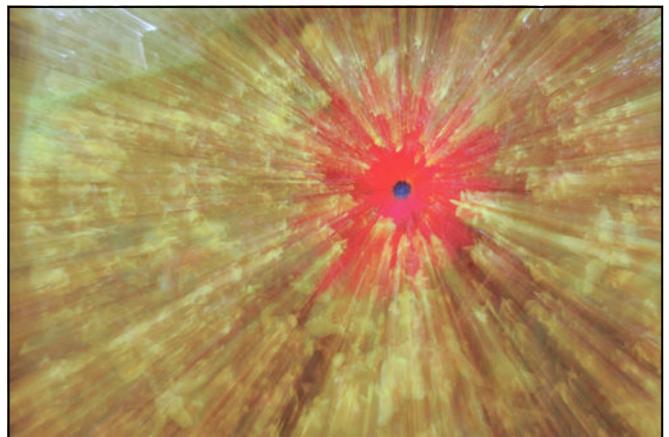
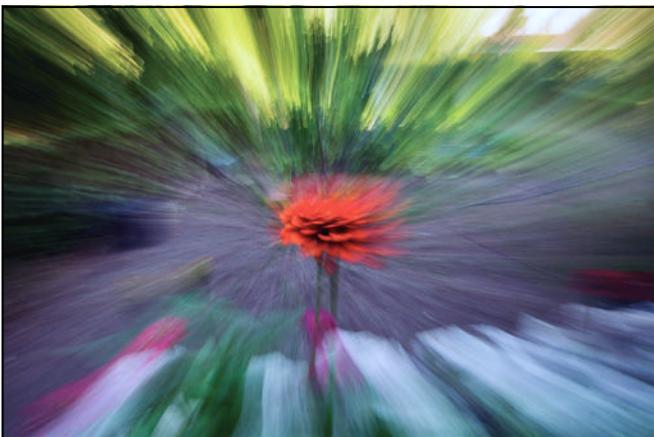
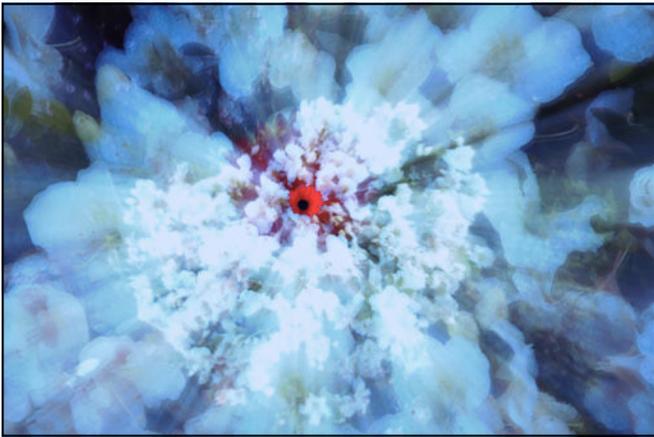
CONCURSO DE FOTOGRAFÍA

PRIMER PREMIO

«DESENFOCOS DE PRIMAVERA»

Por José Luis Muñoz Arroyo

En este proyecto he pretendido acercar el objetivo lo máximo posible a elementos característicos de esta estación, pero observados con la borrosidad intencionada que provoca el movimiento del zoom, sin perder por ello colorido y belleza.



SEGUNDO PREMIO

«OCASO DEL SOL Y OCASO DE LAS PERSONAS»

Por Carmen Herrero Álvarez



EL RINCÓN DEL PÍNFANO

Por Lucas Remírez Eguía

En principio fueron seis o siete. Decidieron que tenían que buscar un lugar donde poderse reunir de doce a una, de lunes a viernes, el que pudiera asistir, para tomarse un vino o un café mientras charlaban de sus cosas, entre otras, sus años de estancia en los colegios de huérfanos. Porque todos eran pínfanos, auténticos «pata negra» en cuestión de pinfanerío. La mayoría había pasado por Padrón, la Inmaculada, el Bajo, Valladolid, el Alto, el Castillo... Varios habían inaugurado alguno de esos colegios allá por los años cuarenta y pocos.

El lugar elegido fue un rincón de la cafetería de la RLM Palafox en Zaragoza, sentados en torno a una mesa baja donde se colocaban las consumiciones. Para los clientes habituales de la cafetería empezó a resultarles familiar ver un grupo de hombres entrados en años hablando, unas veces de forma pausada y otras acaloradamente, sobre temas de lo más variopintos.

Poco a poco se fueron incorporando otros pínfanos, bien asiduamente o de forma esporádica, llegando a formar un grupo de diez a los que se les unían con frecuencia un par o tres clientes más.

La cosa llegó al extremo que alguno de los miembros de la tertulia dio en llamarle «el rincón del pínfano» al lugar que ocupaban, nombre que asumieron los sucesivos directores de la Residencia; incluso los asiduos a la cafetería respetaban el lugar para que pudieran ocuparlo ellos.

Desde que se reunieron por primera vez hasta la fecha han conocido a cinco directores de Residencia y van a por el sexto. Todos ellos asumían la presencia de los pínfanos como una cosa inherente a la idiosincrasia de la cafetería.

El rincón se amuebló con un tresillo (sofá y dos butacones), se adornó con una figura del pínfano con uniforme y capa y un cuadro del pínfano de Manet. Desde el rincón se organizaban las tres comidas pinfaneras anuales, se repartían los listados con los teléfonos del resto de pínfanos de Zaragoza para convocarles a las comidas y, anualmente, se distribuía la lotería de Navidad.

Cuando venía algún General de inspección o de visita el director de turno, una de las cosas que hacía era presentarle a los componentes de rincón. Muchos de ellos habían tenido de jefe o de profesor



Fundadores del Rincón

a alguno de los pínfanos. Entre los pínfanos no todos eran militares pero no había ningún tipo de diferencia entre ellos ni en el trato que recibían por parte de los responsables de la Residencia.

Yo pienso que los directores, cuando hacían el relevo, entre el inventario hacían figurar el «rincón del pínfano» con los que estaban en él.

Rara era la quincena en la que no organizaban alguna comida, o alguno traía caracoles, o picadillo, cecina cada vez que hacía el camino de Santiago, o cangrejos, que las cocineras del comedor

de la Residencia preparaban con el mismo esmero que su propia comida. A veces les hacían una comida especial: unas fabes con almejas, una paella, un arroz con bogavante... Como se ve, no se cuidaban mal.

Desde el «rincón» se hizo propaganda del mismo en el sentido de que cualquier pínfano que pasase por Zaragoza, siempre encontraría en él, de doce a una, algún pínfano con el que poder echarse un parrafada mientras se tomaban un vino o una caña.



Inauguración del Rincón

Fue pasando el tiempo y los miembros del rincón empezaron a sufrir el rigor de la ley de vida: primero fue Román, luego Jesús, después José Luís, más tarde Paquito, le siguió Miguel Ángel, y últimamente Javier y Luís con un mes de diferencia. Todos se fueron a un lugar mejor y quiero suponer que desde allí estarán lamentando no poder intervenir en las charlas y discusiones del rincón.

Ya quedan pocos, cuatro o cinco y de ellos, tres no acuden asiduamente, bien porque pasan temporadas fuera de Zaragoza o por motivos de salud.

Los que quedan, pienso, querrán mantener el espíritu del rincón aunque no sé por cuánto tiempo.

El otro día pasé por la cafetería y el «rincón» estaba ocupado por un matrimonio joven con dos niños; uno de ellos jugueteaba por encima del sofá. No había ningún pínfano. Ese matrimonio no sabe ni sabrá nunca que el lugar que ocupaban antes fue ocupado por unas personas que, en el crepúsculo de sus vidas, quisieron mantener vivos los lazos de unión que heredaron de su paso por los orfanatos, que quisieron compartir vivencias con otros que pasaron después de ellos y sobre todo, que no olvidaron nunca y pregonaron con orgullo, que eran pínfanos.

Lucas (uno de ellos)

CONCESIÓN PIN DE ORO

Texto y fotos: Secretario



Entrega a Antonio Povedano Alba

En la reunión del 6 de octubre de 2015 se propuso y fue aceptada por unanimidad la concesión de las insignias de oro de la Asociación a Pedro Sánchez Rivas y a Antonio Povedano Alba por los servicios prestados a la misma durante sus años de pertenencia a la junta directiva; asimismo se acuerda que dichas insignias sean impuestas durante el Día del Pífanos a celebrar en Sevilla.

En el caso de Antonio Povedano pudo realizarse la entrega durante la cena del Encuentro en Sevilla, no así con Pedro Sánchez Rivas ya que tuvo que suspender su viaje por un problema de salud del que ya está recuperado.

El pasado 15 de junio por fin pudimos entregársela en el transcurso de una comida organizada en Madrid por la junta directiva.



Entrega a Pedro Sánchez Rivas

CONCESIÓN DE UN LOCAL A LA ASOCIACIÓN

Texto y fotos: Secretario

Desde el primer día la Asociación ha mantenido la ilusión de tener un local en el que poder desarrollar su actividad, reunirnos cuando fuera necesario, guardar nuestras pertenencias... pero no hubo forma de conseguirlo.

Durante años se nos permitió utilizar una habitación de la antigua casa de los porteros en Carabanchel Bajo, pero los cambios sufridos en la gestión de las instalaciones nos terminó obligando a buscar otras alternativas, no encontrando otra mejor que alquilar un pequeño trastero en la zona de Embajadores, apenas 3 metros cuadrados.

Posteriormente lo seguimos intentando sin éxito ante distintas instancias, cuando no era por una cosa era por la otra, no había manera, pero a veces tanta insistencia da resultado y por fin, durante la celebración del 144º aniversario de la

fundación del PAHUET, apareció la oportunidad en forma de Teniente General y nuestro Presidente no la desaprovechó.

Tras unos meses de cartas, correos y llamadas por fin recibimos el plácat para disponer de un local en la Escuela Politécnica Superior del Ejército previa firma de un contrato demanial por tratarse de un bien de dominio público propiedad de la Administración General del Estado, afectado al Ministerio de Defensa.

Tras acordar los detalles necesarios con la jefatura del acuartelamiento pudimos disponer del local a mediados de abril, hasta que el 14 de septiembre se procedió al acto de la firma de la autorización y entrega de las llaves por el Coronel Director de la ESPOL, D. Francisco José Gómez Ramos, el Coronel Jefe de la SEAPRO, D. José Rivas Moriana, y nuestro Presidente Lucas de Mingo Misena.



Vista exterior del local



Parte de la Junta Directiva en la entrada al local



Acto de la firma

Tras dicho acto tomamos posesión por los próximos 2 años —prorrogables por otros dos previa solicitud con tres meses de antelación— del local asignado, bien acondicionado como oficina; allí tenemos intención de celebrar las próximas reuniones de la junta directiva, aunque el uso principal de la instalación será albergar nuestra documentación y pertenencias.

Agradecemos al por entonces Teniente General Jefe del Mando de Personal del Ejército de Tierra, Excmo. Sr. D. Juan Enrique Aparicio Hernandez-Lastras su apoyo a nuestra petición, sin cuya implicación en el proceso no hubiera sido posible conseguirla.

SALA HISTÓRICA DEL PAHUET

Texto y fotos: Secretario

Bajo la atenta mirada del II marqués de Mendigorría, Teniente General D. Fernando Fernández de Córdoba y Valcárcel, considerado el precursor de la atención a los huérfanos de militares, se celebró el pasado 8 de junio —en la Sala Histórica que el PAHUET mantiene en el otrora salón de actos del antiguo colegio de Santiago en Carabanchel Bajo— la firma del contrato de entrega y cesión en depósito por tiempo indefinido al PAHUET por parte de nuestra Asociación de los cuadros «el 716» (obra de Ramón Faro) y «Fachada del Bajo» (obra de Manuel Postigo).

El acto estuvo presidido por el General Director del PAHUET D. Julio Herrero Isla acompañado por su Junta Rectora y del anfitrión Coronel D. José Antonio Santiago, director de la RLM, en representación de nuestra Asociación asistieron su Presidente, Lucas de Mingo Misena, acompañado del Secretario Santiago de Ossorno y de los autores de los cuadros.

A continuación el coronel Santiago obsequió a los asistentes con una estupenda comida, servida en la que en su día fue clase de «Preu A» en la que tanto el presidente como el secretario estudiaron juntos durante el curso 1970-71, último de su paso por los colegios tras haber coincidido por primera vez en las Mercedes en 1962.

Agradecemos al PAHUET que hayan aceptado la cesión de estas obras y su exposición permanente en la Sala Histórica, junto a tantos recuerdos de nuestra historia común; una Sala cuya visita recomendamos a todos los pínfanos, los interesados en visitarla deben ponerse en contacto previo con el PAHUET, con el director de la RLM o con nuestra Asociación. La mejor forma, dado que la sala no está abierta al público con carácter general, es formar grupos de visitantes y contactar con la Asociación para gestionar el permiso correspondiente.



Teniente General D. Fernando Fernández de Córdoba y Valcárcel



Ramón Faro y Manuel Postigo, los autores de los cuadros



El coronel D. José María Pemán comentando los pormenores de la Sala Histórica



Firma del acuerdo por el Presidente de la AHE y el General Director del PAHUET



Foto de grupo al terminar el acto



Brindis por el éxito de la Sala Histórica



El 716 (siete dieciséis para los pínfanos)



Fachada del Bajo

Igualmente queremos mostrar nuestro agradecimiento de una forma especial a los siguientes:

- Coronel D. Luis Merino Casals por su impulso decidido a este acuerdo de cesión, así como a las gestiones y al cariño que

siempre ha dedicado a nuestra Asociación.

- Autores, D. Ramón Faro y D. Manuel Postigo.
- Coronel D. José Antonio Santiago, director de la RLM como anfitrión del acto.

145 ANIVERSARIO PAHUET

1^{er} CENTENARIO DEL COLEGIO SANTIAGO

Texto y fotos: Santiago de Ossorno

En representación de la AHE varios miembros de su Junta Directiva asistimos el pasado 27 de septiembre, invitados por el PAHUET, al acto institucional que con motivo del 145º aniversario de la creación del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra y el Primer Centenario de la fundación del Colegio para Huérfanas de Caballería “Santiago”, se celebró en las dependencias de la RLM San Fernando, nuestro querido Bajo.



Detalle de la placa conmemorativa

El acto principal, que se desarrolló en la Sala Histórica que el Patronato mantiene de forma permanente en el Bajo (la hemos presentado en este mismo Boletín), estuvo presidido por el General Jefe del Mando de Personal del Ejército de Tierra, Teniente General Teodoro Baños Alonso, durante el cual se descubrió una placa conmemorativa del primer centenario del colegio y se impusieron condecoraciones y entregaron diversos reconocimientos a diferentes personas relacionadas con el PAHUET, entre ellos a nuestro compañero pínfano Jesús Dolado por sus aportaciones a la Sala Histórica.

Una de las intervenciones correspondió a Encarnita Cueto, pínfana y trabajadora actualmente jubilada del Patronato, que también fue premiada en el acto, quien dedicó unas sentidas palabras a recordar su paso por el colegio San José de Pinto, en el que entró con seis años de edad y en el que permaneció durante nueve cursos, las relaciones entre las internas, la vida cotidiana en los colegios, aprovechando para renovar públicamente su agradecimiento —que también hacemos nuestro— a la institución del Patronato y a los cuadros de profesores, educadores

y personal auxiliar que se encargaron de nuestra protección y formación durante los años de estancia en los distintos internados.



Encarnita Cueto durante su intervención



El Teniente General Teodoro Baños dirigiéndose a los presentes

Una vez finalizado el acto institucional se sirvió un vino español en el comedor de la Residencia iniciado con el tradicional brindis por el Rey, dónde de forma relajada pudimos departir con las autoridades militares y resto de presentes en el acto y rememorar nuevamente nuestro pasado como pínfanos en esas mismas instalaciones.



Jesús Dolado recogiendo su distinción



El General Director del PAHUET durante su intervención



Encarnita Cueto en la escalinata del Bajo



General Herrero y Teniente General Baños



Tesorero, secretario y presidente de la AHE



M^a Ángeles Márquez, Vicente Sanz, Lucas de Mingo y Manuel Postigo

¡POR EL REY!

*Por Manuel Postigo García
Exalumno del Colegio de Huérfanos de la Policía*



Con este brindis finalizaba el acto institucional que se celebraba con motivo del 145 Aniversario de la creación del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra y el Centenario de la Fundación del Colegio para huérfanas de Caballería «Santiago».

Observaba todo con curiosidad desde el lugar donde me encontraba, porque nunca había tenido la oportunidad de contemplar tal firmamento de estrellas de 4 puntas y diminutos sables sobre los hombros de tantos caballeros que, en distintas y animadas tertulias, se saludaban con amistoso fervor celebrando un nuevo y fes-

tejado encuentro, exhibiendo las mejores de las sonrisas y creando un envidiable ambiente de camaradería. Es curioso, pero aquella imagen ¡me hizo sentirme feliz! Me sentí protegido y seguro entre ellos. Rezumaban patria en sus miradas y supe, más que nunca, que me encontraba en España. ESPAÑA: Esa palabra tan olvidada por algunos. Esa palabra que muchos de nuestros políticos evitan pronunciar por miedo a perder votos. Esa palabra que aterroriza a sediciosos políticos de pacotilla, embaucadores de pueblos, que fomentan ignorar y tergiversar su propia y verdadera historia.

Según transcurría la velada, aquellos caballeros que en el brindis por S.M. El Rey mostraban rostros serios y respetuosos y voz sonora y firme, que en la animada tertulia presentaban ya un semblante bondadoso, en donde las canas, que se desvanecieron durante el brindis en su postura gallarda, aparecían de nuevo, se convirtieron de pronto, como en un sueño evocador de recuerdos nostálgicos, en muchachos del Colegio del CHOE.

Y, por un instante, me sentí a su lado, paseando juntos por la calle General Ricardos, orgullosamente uniformados con nuestros respectivos uniformes colegiales. Y hablábamos de todas aquellas cosas que nos tocaba vivir: de nuestra vidas en el internado; de la disciplina que nos inculcaban y que tanto nos ayudó después en nuestras vidas; de nuestros superiores, que nos inculcaron respetar a nuestros semejantes y valores esenciales como la amistad, la lealtad, la caballerosidad, el honor y todas esas cosas que nos convirtieron en hombres de bien; de los profesores que nos formaron y a los que siempre estaremos en deuda de gratitud con ellos.

También hablábamos de nuestras chicas. De las nuestras, las del CHP. Que vosotros no teníais chicas en vuestro Colegio. Y las «pretendíais», con gran disgusto para nuestros egos. Y salíais con ellas, porque vosotros también les atraíais a ellas, que no se resistían ante ese bonito uniforme vuestro que, por el hecho de ser distinto al nuestro, era ya suficientemente atractivo. Y del fútbol, ¡qué vamos a decir! Esa rivalidad deportiva, consustancial, que llegó a invadir nuestros genes. Ahí la ventaja de la afición era nuestra, porque la femenina estaba con nosotros, aunque en cuanto a resultados la cosa estaba bastante equilibrada. Los triunfos y las derrotas las tuve que sufrir personalmente ya que formaba parte del equipo los últimos cuatro años de internado. No obstante, aquella sana rivalidad deportiva dejó un entrañable e indeleble recuerdo de amistad y admiración mutua. La vida, que no deja jamás de sorprendernos, me mostró inesperadamente su faceta amable cuando, de forma casual, conocí a mi gran amigo Lucas de Mingo. Un día, en nuestros encuentros sociales habituales en mi barrio, que por su trabajo también es el suyo, hablando de nuestras vidas supimos que él había sido alumno del CHOE y yo del CHP.

Además, supimos que yo fui Presidente-Constituyente de la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio de Huérfanos de la Policía que se creó hace 38 años y que, de igual manera, él era Presidente de la Asociación de Huérfanos del Ejército (por aquél entonces él era Vicepresidente). Tantas casualidades y el trato continuado nos han llevado a confraternizar, superando esa amistad inicial. Esta amistad nos ha llevado a que las dos Asociaciones de huérfanos confraternicen en las Asambleas que cada una de ellas celebra anualmente. Confiamos que, en breve, se puedan hermanar, porque ¡hay tantas cosas y tantos recuerdos que nos unen! Y cuento esto por lo siguiente:

Volviendo a la velada del homenaje en la que, como colofón de la misma, se nos obsequió gentilmente con la degustación de un vino español (en realidad fue una comida en toda regla dada la abundancia de viandas que acompañaban al citado vino), observé con sana envidia cómo mi amigo Lucas de Mingo departía en amigable charla con los mandos militares que habían facilitado a «su» Asociación un local en donde poder realizar su encomiable labor.

Es más, percibí, de forma inequívoca, en los rostros de estos caballeros, un sentimiento de gratitud y reconocimiento a la labor que desempeña esta Asociación. Esta circunstancia me produjo un íntimo sentimiento de desencanto al pensar qué lejos y cuán distinto al trato que nos dispensa a nosotros la Fundación (Patronato) que administra los distintos inmuebles que conformaban nuestro Colegio de Huérfanos de la Policía, la cual, después de repetidas y reiteradas peticiones hechas por nuestra Asociación a lo largo de esos 38 años de existencia para que se nos facilite, igualmente, un local para poder desempeñar nuestra función, ha hecho caso omiso a las mismas. ¿Será porque la Policía Española está regida por los políticos?, ¿o es simplemente falta de sensibilidad?

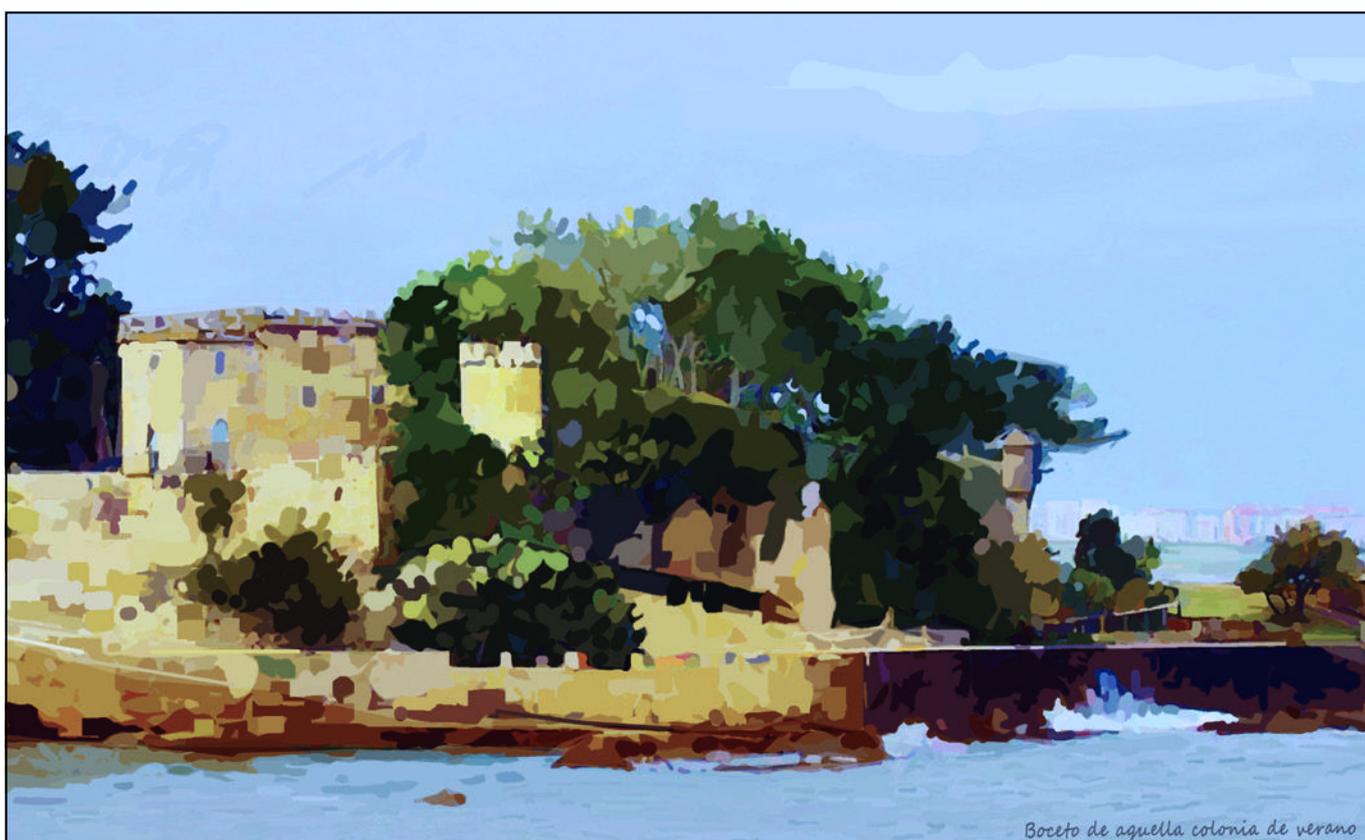
Perdonad esta intromisión de quejas ajenas, tal vez inoportunas, pero los sentimientos a veces afloran sin pedir permiso.

En realidad este escrito tiene la única y máxima intención de agradecer profundamente el honor que para mi persona supuso compartir entre tantos caballeros el homenaje que se celebraba. Les felicito por su labor. Que Dios les proteja.

RINCÓN DE ZOYO



Autorretrato



Boceto de aquella colonia de verano

El Castillo

El Castillo era soberbio, todo de piedra y rodeado de agua por todas partes; solo quedaba unido a tierra durante las horas de la marea baja. La fachada principal daba al pueblo de Santa Cruz perteneciente al Concejo de Oleiros, y por atrás a La Coruña que se encontraba al otro extremo de la bahía. Dentro de la isleta en la que estaba construido el castillo había un jardín con césped con gran cantidad de árboles, y un torreón en donde debió alojarse la tropa para defenderlo de

los ataques de piratas y que durante el verano se transformaba en enfermería. El conjunto parecía sacado de una postal, evocando una imagen romántica al contemplarlo, especialmente en los atardeceres al recibir el intenso aroma salino procedente del mar.

El veraneo

Para ir al Castillo nos apuntábamos en el colegio donde estuviéramos internos y luego,

normalmente, salíamos todos juntos de la estación del Norte de Madrid en tren para La Coruña, unas 14 horas. El viaje de ida era una maravilla, cantando, alegres y contentos por ir de vacaciones, si bien era como una continuación del curso y una exaltación a la camaradería y compañerismo que había entre nosotros.

Como no había plazas para todos, lo más normal era que los que no tuvieran mar en el lugar de residencia de su madre tuvieran preferencia, pero por suerte íbamos casi siempre los que pedíamos la plaza.

Manolo el barquero

Una mención aparte merece Manolo: dueño y señor del Castillo, guarda durante todo el año, maestro de ceremonias y cuentos, y siempre dispuesto para ayudar a «*os seus rapaces*». Esto le suponía, de vez en cuando, alguna «filípica» por parte de su mujer, Josefa, pues le decía que atendía «*mais os rapaces que a ela*».

Cuando se llegaba tarde por la noche, más de una vez nos jugábamos a los chinos quién tenía que ir nadando, desnudo, desde la rampa del muelle de Santa Cruz a la del Castillo, traer la barca y pasar a los demás.

Manolo se lo tomaba con filosofía y lo único que nos decía era que tuviéramos cuidado, porque si se «*afogaba un rapaz, él morría de pena*».

O nadador

¡Se hizo la travesía a nado desde el Castillo al muelle de Méndez Núñez en La Coruña!, en la que tomaron parte Cáceres Barona, Herrera Montes, para los amigos «Chue», buen compañero y mejor amigo. Se impregnaban de grasa y unos les acompañábamos en la barca y otros les esperábamos en el muelle de La Coruña; era precioso ver a la gente aplaudiendo a un pínfano: Genial.

La despedida

Estos lazos de afecto y cariño se ponían especialmente de manifiesto cuando se iniciaban los preparativos para la marcha. El tiempo de estancia en el Castillo tocaba a su fin y había que emprender el regreso a casa. Era tal la emoción que provocaban algunas despedidas que a más de uno se le escapaba alguna lagrimita bajo la promesa de volver a verse en el verano del año siguiente. Algunos volvieron, otros no, pero atrás quedó el recuerdo que ha perdurado durante toda nuestra vida.

Todos los textos han sido extraídos del libro Historia del Colegio de la Milagrosa de Padrón y del Castillo de Santa Cruz para Huérfanos del Ejército, el libro de Padrón.

LIBROS EDITADOS

La forma de conseguirlos está explicada en el apartado HISTORIA Y LIBROS de nuestra página web; los interesados que lo prefieran también pueden contactar directamente con cualquier miembro

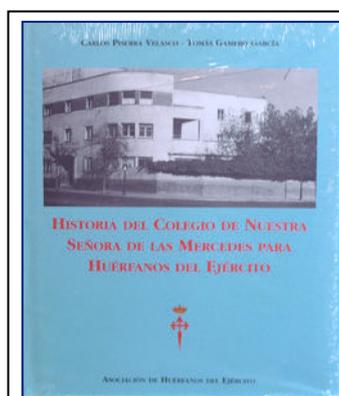
de la junta directiva para informarse sobre los pasos a dar para conseguirlos o por e.mail con el secretario secretario@pinfanos.es

LIBROS DE COLEGIOS

Pueden ser adquiridos mediante una aportación voluntaria mínima a la Asociación.

Los libros se recibirán en el propio domicilio de los interesados, bien por Correos o por mensa-

jería según del libro que se trate, también pueden recogerse en mano (sin gastos de envío) en Madrid concertando una cita previa.



HISTORIA DEL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES PARA HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

AUTORES: Carlos Piserra Velasco y Tomás Gamero García

Disponible únicamente en versión Lujo

Aportación mínima: 20 euros

Gastos de envío aproximados: 12 euros



HISTORIA DEL COLEGIO MARÍA CRISTINA DE ARANJUEZ EL INTERNADO QUE VIVIMOS

AUTORAS: Marta González Bueno y Natividad Jaime Santamaría

Disponible en versiones Lujo y Rústica

Aportación mínima: 20 euros para la versión de lujo y 12 euros para la rústica

Gastos de envío aproximados: 12 euros



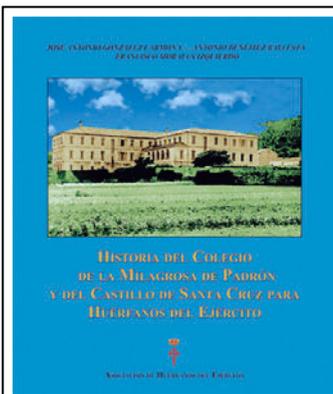
HISTORIA DEL COLEGIO NUESTRA SEÑORA DEL PILAR VIVENCIAS DE AYER Y RECUERDOS DE SIEMPRE

AUTORAS: Mª Carmen Herrero Álvarez y Paca García Cortés

Disponible en versiones Lujo y Rústica

Aportación mínima: 20 euros para la versión de lujo y 12 euros para la rústica

Gastos de envío aproximados: 6 euros



HISTORIA DEL COLEGIO DE LA MILAGROSA DE PADRÓN Y DEL CASTILLO DE SANTA CRUZ PARA HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

AUTORES: José Antonio González Carmona, Francisco Morales Izquierdo y Antonio Benítez Ballesta

Disponible únicamente en versión Lujo

Aportación mínima: 26 euros

Gastos de envío aproximados: 6 euros

COLECCIÓN PÍNфанOS

Publicada en formato de libro de bolsillo con relatos que transcurrieron en distintas épocas de los colegios y que, al cabo de los años, fueron escritos por sus protagonistas, todos ellos están publicados en nuestra página.

La colección completa consta actualmente de 4 libros individuales y un volumen recopilatorio con

todos los relatos, contribuyendo con el beneficio que generen al sostenimiento económico de la Asociación.

El importe actual de las aportaciones es de 12,50 euros para cada uno de los libros independientes y de 26,00 euros para el volumen recopilatorio con la obra completa.



OTROS LIBROS

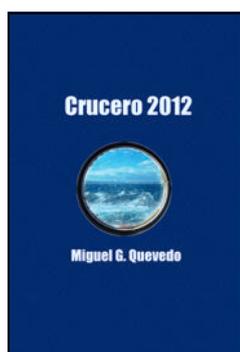
Nos hacemos eco de los libros publicados por pínfanos durante el año 2016, a los que enviamos

nuestra enhorabuena y deseamos el mayor de los éxitos.

COLECCIÓN 52 – Autor: Miguel González Quevedo. (Cedidos los derechos a la AHE)



Se le escapó el último tren



Crucero 2012



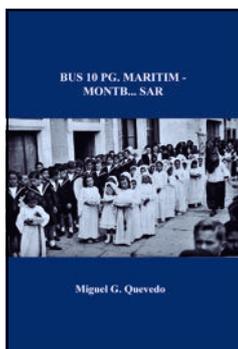
Vivencias y sueños



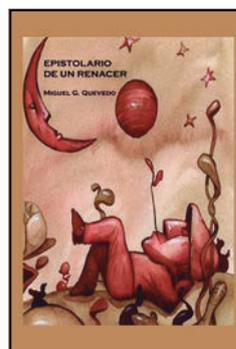
Convergente, divergente



Una luz tras las rejas

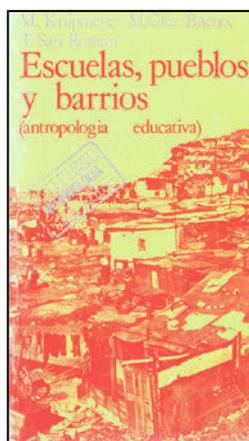


Bus 10 - Pg. Maritim - Montb...SAR

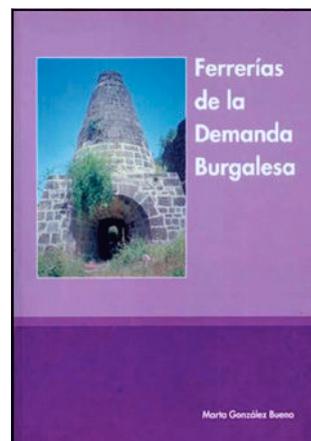


Epistolario de un renacer

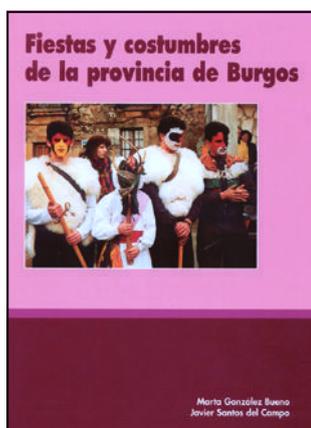
ANTROPOLOGÍA – Autora: Marta González Bueno



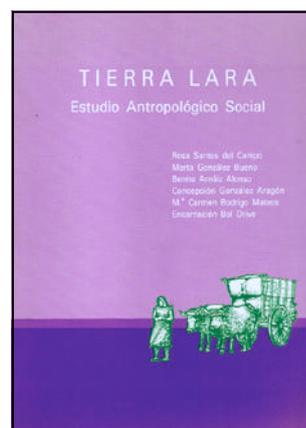
Antropología Educativa, fue editado por Akal en 1980. Son tres zonas distintas: gitanos de Madrid, barrio de Granada, y Pirineo de Lérida, que es de lo que trata mi parte. Problemática y situación de la escuela (por cierto nada que ver con la situación actual, en que el péndulo se ha desplazado al otro extremo).



Editado por la Excma. Diputación Provincial de Burgos, en 1997. Se centra en el trabajo de extracción del mineral del hierro y las actividades que generaba en la sierra burgalesa.



Editado por la Excma. Diputación Provincial de Burgos en 2001. Hacemos un recorrido por las manifestaciones festivas, en general y por localidades, destacando las costumbres más peculiares y arraigadas.



Monografía antropológica de una comarca Burgalesa. Esta editado por la Excma. Diputación Provincial de Burgos, en 1992. Características de la sociedad, trabajos, forma de vida, religiosidad y aspectos diversos de varios pueblos que conforman la comarca.

ESTADÍSTICAS BÁSICAS

La información estadística completa puede consultarse por los socios en el apartado ARCHIVO de nuestra página web.

DISTRIBUCIÓN DE SOCIOS POR TIPO Y GÉNERO

TIPO DE SOCIO	MUJERES	HOMBRES	Total general	%
COLABORADOR	35	12	47	9,55%
PROTECTOR	153	292	445	90,45%
Total general	188	304	492	
	38,21%	61,79%		

DISTRIBUCIÓN DE SOCIOS POR TIPO Y ZONA GEOGRÁFICA

ZONAS GEOGRÁFICA	COLABORADOR	PROTECTOR	Total general
ANDALUCÍA - CEUTA - MELILLA - CANARIAS	13	102	115
CANTABRIA - PAÍS VASCO	2	13	15
CASTILLA LEÓN - EXTREMADURA	2	41	43
CATALUÑA - ARAGÓN	5	47	52
GALICIA - ASTURIAS	3	34	37
INTERNACIONAL		3	3
MADRID - CASTILLA LA MANCHA	12	151	163
NAVARRA - LA RIOJA	2	15	17
VALENCIA - ISLAS BALEARES - MURCIA	8	39	47
Total general	47	445	492

Nº de altas en el año: 7

Nº de bajas en el año: 19

Actualización 2 de noviembre de 2016

PÍNFANOS EN EL RECUERDO

Cuando la pena nos alcanza
por un hermano perdido
cuando el adiós dolorido
busca en la Fe su esperanza.

En Tú palabra confiamos
con la certeza que Tú
ya le has devuelto la vida,
ya le has llevado a la luz.

«La muerte no es el final» es una canción cristiana compuesta por el sacerdote español Cesáreo Gabaráin Azurmendi (1936-1991).



ARACELI AGUILAR SERENA
ANDRÉS BUENDÍA MARTOS
LUIS CASTUERA ECHEGOYEN
ESTEBAN EDUARDO DÍAZ CARBALLERA
LINO ESPINO DIEZ
ADELA FONDÓN ESPADA
FÉLIX GONZÁLEZ BUENO
SALVADOR HEREDIA GARCÍA
GUILLERMO LLORENTE LAFUENTE
RAFAEL LÓPEZ CHECA
FEDERICO DE LORA SORIA
SUSANA MARCHESSI GUERRA
ARMANDO OCÓN TERRASA
LUÍS RODRÍGUEZ VAREA
LINA RODRÍGUEZ VILLEGAS
FRANCISCO SÁNCHEZ LÓPEZ



PROFESORES DEL BAJO:

D. ALFREDO GARCÍA DE MOYA, Coronel de Artillería y profesor de Gimnasia.
D. FRANCISCO MARCO MUÑOZ, profesor de Ciencias Naturales y Química.

ACTUALIZACIÓN DE DATOS DE CONTACTO

Si últimamente ha cambiado alguno de tus datos de contacto (dirección postal, teléfono, correo electrónico, cuenta bancaria de domiciliación) debes comunicarlo cuanto antes a la Asociación.

También puedes hacerlo llamando por teléfono al secretario o enviándole

el formulario correspondiente (puedes descargarlo en el apartado Alta de socios de nuestra página) por correo postal o electrónico.

Para la Asociación es fundamental poder localizar a sus asociados cuando las circunstancias lo requieren.



CORREO ELECTRÓNICO GRATUITO

Si eres pínfano y estás interesado puedes obtener fácilmente tu correo personalizado en el dominio @pinfanos.es, para ello solo tienes que pedirselo al administrador de la página por el medio que estimes conveniente, preferentemente solicitándolo por e-mail a su buzón:

webadmin@pinfanos.es

Para facilitar la administración del servicio el nombre del buzón deberá seguir una sencilla regla de formación (del tipo nombre y apellido), admitiéndose algunas excepciones

para resolver los casos de nombres compuestos, nombres y apellidos coincidentes, gustos personales, etc.

nombre.apellido@pinfanos.es

Es un buzón de 2 GB de capacidad al que se puede acceder tanto desde tu navegador habitual como utilizando un cliente de correo tipo Outlook.

¡Anímate y pide el tuyo!



Los acontecimientos, cuando no se escriben,
no se cuentan o no se recuerdan,
es como si no hubiesen ocurrido.

www.pinfanos.es

buzon@pinfanos